

Dibujando

una vida



**FANNY
VEGA**

DIBUJANDO UNA VIDA

Autor: Fanny Vega

Primera edición: Diciembre, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Cámara en mano, se paseaba por la ciudad; intentando encontrar algo que le produjera admiración o por lo menos una pizca de inspiración, que últimamente le era tan esquiva. Fotografió algunos niños sonrientes, un par de perros con mirada tierna, unos árboles de ramas frondosas y una pareja de ancianos enamorados. Sin embargo, aquello no le provocaba la energía suficiente para sentir la musa que lo impulsara a crear.

Trataba de escuchar el consejo de su representante, quien le había recomendado hacer una colección distinta a las anteriores. Dejar atrás un poco el tema recurrente de la oscuridad, el existencialismo y el desánimo. Él pensaba que era hora de evolucionar un poco en su arte. Diego estaba de acuerdo que necesitaba una fuente diferente de inspiración pues era la mejor manera de mantenerse exitoso en su oficio de artista.

Regresó a su casa, aquella tarde con algunas fotografías pero con pocas ideas que le permitieran hacer algo que por lo menos considerara decente. Revisó las fotografías en su ordenador e intentó esbozar algunos dibujos, más como ejercicios que como en realidad intentos de obras. Apenas hacía tres días había presentado su última colección, pero ahora se sentía en una especie de lugar depresivo en el que no sabía cuál sería el siguiente paso, por lo que

se sentía un poco ansioso.

Diego se había dedicado de manera profesional al arte desde hacía más de días años pero desde que podía recordar, él tenía un lápiz en la mano y dibujaba por todos lados; hojas, cartones, puertas, paredes y cualquier superficie que se lo permitiera. Cuando llegó a la adolescencia, y la rebeldía se hizo parte de él, usó un espray para dibujar sobre las paredes.

Emilia, su madre adoptiva, quiso encaminar la pasión que él demostraba por la expresión artística y lo impulso a estudiar artes gráficas. Al principio, él se resistió pero ante la insistencia de ella comenzó a asistir a las clases y de alguna manera se quedó prendado de las posibilidades que le brindaban para expresarse. De hecho, sin realmente proponérselo, fue uno de los estudiantes más talentosos de su generación, gracias al tiempo y la dedicación que le consagraba a sus asignaciones.

Ahora era una personalidad en el entorno de los artistas plásticos. Pero su mismo éxito le causaba cierta ansiedad porque sentía que se esperaba mucho de él, que las expectativas de las personas a su alrededor eran muy altas; y como siempre, sentía temor de no ser suficiente. Desde siempre le había tenido temor a encontrarle sin a su inspiración, y parecía que ese momento había llegado.

- Hola, Diego. ¿Qué tal?, ¿cómo estás? –le escribió su representante.
- Hola Paul. Estoy bien. ¿Qué tal tú? –le respondió él.
- Muy bien. Se comunicó conmigo un grupo de profesores de la facultad de humanidades; tendrán un evento sobre arte, este fin de semana, y están planificando tener un conversatorio con algunos artistas actuales, les gustaría que fueras. Solo tienes que hablar de tu experiencia y ellos te harán preguntas.
- No lo sé, me hace sentir un poco inseguro. –le dijo Diego.

- Serán varios, la atención no estaría puesta en ti solamente. Creo que sería una buena experiencia. Piénsalo y me avisas. –le propuso él.
- Está bien. Te avisaré.

Para él no era sencillo hablar en público, pues era bastante callado y tímido; pero definitivamente sería una experiencia nueva y quizás era lo que necesitaba para despertar la inspiración; ya que podía estar escondida en cualquier lugar. Decidió que trataría de superar su miedo y conversaría en el evento. Su representante estuvo muy satisfecho con su decisión.

Diego se sentía un poco nervioso acerca de su participación en el conversatorio pero hacia lo posible para mantenerse firme en su decisión de asistir. Durante los días que antecedieron al evento, analizó de manera profunda las razones que lo habían impulsado a dedicarse al arte. Comprendió que desde muy pequeño buscó una manera de escapar un poco de la realidad y la privacidad que conseguía abstrayendo si mente para crear algo, le producía sosiego. Además, siendo tan difícil para él la comunicación tradicional, necesitaba obtener un medio de expresión a través del cual se sintiera más cómodo, y eso fue el arte. Esa era su motivación.

La mañana del evento, su representante decidió trasladarlo, pensaba que se esa manera quizás no pudiera arrepentirse esta vez. La previsión no estaba de más, pero él no sabía que Diego estaba decidido a asistir; no estaba seguro de la razón pero algo lo estaba impulsando. Ya en la facultad se dio cuenta que el evento estaba bastante concurrido, lo que era poco usual tratándose de un tema como el arte. Además, había una atmósfera bohemia y familiar que a Diego le agradó. Sintió que había sido un acierto aceptar la invitación. Se sentía con las energías renovadas.

- Señor Diego Armando Escalona, es un placer para nosotros

tenerlo aquí está mañana. Yo soy el director de cultura de la facultad, Doctor Saúl Dorante. -le dijo aquel hombre elegante extendiéndole la mano.

- Le aseguro que el placer es todo mío. Esta fue una excusa muy buena para salir del taller por un rato.

En aquella ocasión, por primera vez Diego se sintió aceptado y aún más que eso admirado. Muchos profesores y estudiantes se acercaron a él para saludarlo y felicitarlo por su obra. Claro que en las exposiciones lo adulaban pero él tenía la sospecha que aquello no era completamente sincero. Esto era distinto, sentía una verdadera conexión entre estas personas que se acercaban a él con su obra.

Llegado el momento de su intervención, al principio sintió un poco de titubeo pero conforme iba expresando sus ideas, se sentía más seguro. Se sorprendió a sí mismo disfrutando de aquel momento de catarsis, donde pudo explicar su proceso de creación y los presentes se notaban verdaderamente interesados en lo que tenía que decir. En la primera fila de los asistentes, Diego notó la presencia de una mujer verdaderamente hermosa que le sonreía de manera insistente; ella no le quitó la mirada de encima ni siquiera durante la intervención del resto de sus compañeros participantes. Aquello le causó curiosidad a él, pues no tenía la menor idea de por qué una mujer como esa lo observaría tan consecuentemente. Los rasgos de aquella mujer le parecían conocidos pero estaba seguro que no era alguien con quien solía tener contacto.

Culminado el ciclo de preguntas, durante el cual algunos asistentes les pidieron consejos acerca de la creación, las simbologías y la inspiración; Diego decidió recorrer los espacios de la feria. Cuando se encontraba parado frente a un stand de materiales de pintura vio a la mujer de la primera fila

caminar sonriente en dirección a él. Justo en este momento pensó que aquello en realidad era una alucinación y que la cordura por fin lo había abandonado de manera irremediable.

- Diego Armando, creía que nunca te volvería a ver. -le dijo ella frente a él.
- ¿Disculpa? -le dijo él muy confundido.
- ¿No te acuerdas de mí? -le preguntó ella.
- Tal parece que no.
- Soy Fabiana, estudiamos juntos en el instituto por varios años. -le recordó ella.
- ¡Fabiana! -exclamó él ahora sí reconociéndola.

Efectivamente, habían estudiado juntos de pequeños hasta la adolescencia; ella se había mudado justamente en el año de graduación y él nunca más supo de ella. Lo cual fue muy difícil para él, pues ella había sido su amor platónico desde la niñez. No le había sido posible reconocerla porque había pasado más de diez años y ambos estaban muy cambiados. Ella lucía más hermosa que entonces y él se sentía menos melancólico que en aquel tiempo.

- ¿Qué haces aquí? Pensé que vivías en otro país. -le dijo él gratamente sorprendido.
- De hecho regresé hace muy poco. Tengo acá apenas un mes. Aún me estoy adaptando.
- Qué alegría verte de nuevo. -le dijo él muy risueño.
- Digo lo mismo. Estaba acá en la facultad de humanidades inscribiéndome en el curso de oratoria y vi que en el cronograma de este evento aparecía tu nombre. Pensé que quizás no eras tú, pero de todas maneras me quedé. Me alegra tanto saber que ahora eres todo

un artista reconocido. –le contó ella con soltura.

- Estoy muy sorprendido. Nunca pensé que te acordarías de mí. -le dijo él.
- No digas eso. Claro que sí.
- Eso me contenta. –le expresó él.
- Deberíamos reunirnos pronto y ponernos al día.
- Claro que sí, pero de verdad. Que no se quede en un decir. -le propuso él.
- Lo digo en serio. Anota mi número para que nos pongamos de acuerdo y nos vemos mañana si es posible. –le propuso ella.
- Claro que sí. –le dijo él muy animado.

Diego agregó el número de Fabiana en su móvil, sin poder salir aún de su sorpresa, ella se despidió con el compromiso de encontrarse muy pronto. Ni en sus mejores sueños había imaginado volver a verla. Después que ella se había mudado, él pasó noches enteras sin dormir y días sin comer, luego durante meses sentía su ausencia como un agujijón que atravesaba su corazón; con los años se convirtió en un recuerdo doloroso. Lo cierto es que siempre le dedicó algunos pensamientos, nunca se olvidó de ella por completo. Si no la había reconocido era porque no la pensaba con su aspecto actual sino con el que tenía cuando se despidió de ella.

De regreso a casa, le parecía que su encuentro con Fabiana había sido irreal. La probabilidad de encontrarse con ella alguna vez en la vida era sumamente remota. Él no solía salir mucho y menos a ese tipo de eventos. Según creía ella ni siquiera estaba en el mismo país. Todo había sido una afortunada casualidad. Recordó que algo la decía que fuera, su instinto no se había equivocado.

- ¿Cómo te fue en el conversatorio? -le preguntó César, su

hermano.

- De maravilla, no vas a adivinar a quien me encontré allí.
- ¿A Camila? -le preguntó
- No, ¿por qué Camila estaría allí? –a Diego le pareció extraña la respuesta.
- No sé. Sólo trato de adivinar. ¿A Rolando? –insistió él.
- Podríamos pasar la vida en esto y no adivinarías. -le dijo Diego.
- ¿Entonces para que me pones a adivinar?
- ¡Es un decir!
- Bueno, está bien. ¿A quién te encontraste? –le preguntó César.
- Eso era todo lo que tenías que decir desde el principio. A Fabiana Andueza.
- ¿Qué?, ¿la del instituto?, ¿La chica por la que babeaste durante toda la escuela? –le preguntó impresionado.
- Si. -le confirmó Diego.
- De verdad nunca iba a adivinar algo así. ¿Cómo esta ella? Pensé se había ido del país. Eso me dijiste hace tiempo. Y te vi sufrir por su ausencia.
- Sí, se había ido pero regresó recientemente. -le explicó Diego.
- Ten cuidado. -le advirtió su hermano con recelo.
- ¿Por qué?
- Porque estuviste enamorado de esa chica por años y nunca te prestó atención. No creo que sea prudente que te hagas ilusiones. Ella era la chica popular, tú eras el rebelde sin causa.
- Las cosas han cambiado, ya no estamos en el instituto. Somos adultos.
- Ay vale. Ya me veo por donde viene esto. –le dijo César.
- Tranquilo, no va por ningún lado. Sólo me agradó verla y me dijo

que nos reuniéramos.

- Siempre has estado en la zona de amistad, ¿lo sabes? –le preguntó su hermano.
- Sí, lo sé. No me voy a ilusionar.
- Lo dudo, pero bien. –dijo resignado.
- Qué capacidad que tienes para arruinar la alegría.
- No hermano. Sólo quiero protegerte.
- Está bien. Voy a trabajar.
- No te molestes. –le pidió César.
- No te preocupes. No estoy molesto.

César siempre intentaba proteger a su hermano adoptivo. Era la manera que tenía para no sentirse desprotegido él mismo, pues si podía proteger a alguien quería decir que estaba perfectamente capacitado, a pesar de su condición. César estaba en silla de ruedas desde hacía siete años, debido a un accidente automovilístico provocado por su propia imprudencia. Después de haberse bebido algunos tragos, decidió hacer una competencia de coches y perdió el control. Terminó en el hospital durante tres meses y con tres vértebras irreparables.

Luego de su accidente, estuvo a punto de morir por la depresión que le causó el saber que no podría volver a caminar. Diego encontró la manera de traerlo de nuevo a la realidad y de impulsarlo a tener objetivos para su vida. Ahora se dedicaba al diseño de juegos de video y le iba excelente. Antes de su accidente conocía acerca de sistemas pero no había dado con lo que realmente le apasionaba. Debido a su estado y con la ayuda de su hermano, había entendido que aquello era algo que quería hacer. En poco tiempo, tuvo más éxito de lo esperado

Desde hacía cuatro años vivía con Diego, de esa manera ambos se

sentían acompañados, nunca antes habían sido tan unidos en realidad pues Diego había llegado a la familia cuando era preadolescente y a César no le había causado mucho agrado, por lo que no le hizo la vida fácil; pero ahora eran los mejores amigos. Eso le contentaba mucho a su madre, que desde el momento que había llevado a Diego a casa, intentó que ellos se llevaran bien, sin éxito hasta ahora.

César era tan sólo un año mayor que Diego. Sin embargo, durante su adolescencia parecían no tener absolutamente nada en común. Mientras que Diego era callado, tímido y solitario; su hermano adoptivo era espontáneo, extrovertido, bebedor y fiestero. Por su puesto, César tenía una gran gama de amistades, Diego sólo saludaba a un par de personas del instituto; y una de esas era Fabiana, por supuesto.

Ahora que la había visto de nuevo, Diego no podía borrar la sonrisa de su rostro. De memoria intentó dibujar los ojos de ella. Los hizo tal cual podía recordarlos: verde oliva, grandes, expresivos, vivaces, brillantes y llenos de ilusiones. Dedicó el resto del día a la elaboración de ese dibujo. Después de algunas horas, cuando se encontró satisfecho por la mirada, cuando realmente sentía que aquellos ojos lo miraban, comenzó a rellenar el espacio en blanco con ideas, imágenes, símbolos y líneas; que representaban todas las cosas que podían ver esos ojos.

Al fondo, casi irreconocible, se dibujó a sí mismo, intentando entrar en contacto con la mirada hechizadora de Fabiana. Al terminar, se quedó observando la mirada, esperando que le expresara algo, deseando que le hablara. Delineó aquellos ojos con sus dedos y suspiró, recordando las sensaciones que le habían despertado durante tantos años y que hoy había revivido; tal parecía que el tiempo se hubiera detenido para aquel sentir. Se sentía de nuevo un adolescente perdido y deseoso por la atención de ella.

Quizás ahora que todo era muy diferente, excepto su sentir, ella voltaría a verlo, a verlo de verdad; como él la había visto a ella desde siempre.

II

- Hola, Fabiana. Buenos días. ¿Cómo estás? –le escribió Diego después de estar quince minutos indeciso entre sí presionar enviar o no.
- Buenos días Diego. Estoy muy bien, ¿y tú? –le respondió pocos minutos después.
- Muy bien. ¿Cumplirás tu compromiso y nos veremos el día de hoy? –le preguntó superando un poco el nerviosismo.
- ¡Sí! Por supuesto. ¿Qué podemos hacer? –le respondió ella.
- Me gustaría que nos sentáramos a hablar para ponernos al día. ¿Te gusta el café? –le preguntó él.
- Sí, me encanta. ¿Conoces un buen lugar?
- Me han mencionado uno, podemos conocerlo juntos.
- Está bien. –accedió ella.

Diego y Fabiana se pusieron de acuerdo en encontrarse en el cafetín a las tres de la tarde. Desde el mismo momento cuando Diego dejó de escribirle se sintió un poco mareado, sabía perfectamente que se trataba de la ilusión y nervios que aquella situación le producían. Si bien era cierto que cuando era tan solo un adolescente no había tenido el valor para decirle lo que sentía por ella, debido a su timidez y a la poca oportunidad que sabía que tenía. Sin embargo, lo había intentado, aunque había sido tarde.

El día que supo que ella se iba mudar, fue el mismo día cuando estaba a punto de irse. Diego había corrido hasta la casa de ella y vio cómo la familia cargaba las cosas en un taxi. En ese instante se dio cuenta que era verdad, que ella se iría y no lo volvería a ver. Un gran peso se posó en su pecho. La buscó

con la mirada, la vio y ella lo vio también, se acercó a él con su linda sonrisa.

- Hola Diego. ¿Viniste a despedirte? –le preguntó ella.
- Acabo de enterarme de que te vas.
- Fue algo imprevisto, transfirieron a mi papá a Francia. –le explicó ella.
- Dicen que es un lindo país.
- Me da tristeza irme pero a la vez me emociona vivir allá. Sabría que vendrías a despedirte. Toma. –ella sacó de su bolsillo una pequeño cuarzo que él le había regalado hacía mucho años atrás.
- Pero yo te la regalé.
- Tenla un tiempo y cuando nos volvamos a ver, me la regresas. –le dijo ella en voz baja.
- Fabi, nos vamos. –le dijo su madre a lo lejos.
- Chao, Diego. –ella se acercó para darle un beso en la mejilla, pero él con un movimiento rápido alcanzó a besarla en los labios; ella no se sorprendió, se alejó poco a poco, le sonrió y no dijo más.

En ese momento era sólo un crío y no tenía nada que ofrecerle, pero ahora las cosas eran muy distintas, él tenía mayor experiencia de vida, no era tan tímido y había hallado algo de éxito profesional. Diego pensaba que claramente esta era su oportunidad, debía dejar a un lado la cobardía e ir por lo que de verdad deseaba. Durante años pensó en tratar de ubicarla por las redes sociales, pero sus inseguridades se lo impedían. Pensaba que seguramente tendría una buena vida y no le prestaría atención a él. Pero ahora, que la había visto, la valentía había llegado a su voluntad.

Diego miraba insistentemente el reloj, ansiaba que el tiempo avanzara velozmente para verla lo antes posible. Deseó poder manejar el tiempo a su antojo y luego se dio cuenta que se comportaba como un adolescente de

nuevo. Por fin se acercaba el momento y él se vistió con su mejor atuendo: un jean azul, una franela con una imagen de una banda de rock, chaqueta negra de cuero y zapatos negros. Además, dejó su rostro limpio, pues se afeitó la barba que tenía desde hacía algunos días.

Él llegó primero a la cafetería pues se había adelantado por algunos cuantos minutos; decidió no ordenar nada hasta que ella llegara. Observaba su móvil para intentar relajarse un poco y parecer tranquilo, pero los movimientos de su pierna derecha delataban su ansiedad. Observó a las personas que estaban a su alrededor, algunos solos, otros acompañados; unos sonrientes, otros entristecidos. Se preguntaba cómo lo verían lo demás a él y si su vida cambiaría tanto como él se imaginaba a partir de ese día.

Cinco minutos después de la hora pautada, Fabiana aun no llegaba; lo que le produjo nervios a Diego. Pensaba que probablemente ella se había arrepentido de encontrarse con él, se sintió decepcionado de sí mismo pero intentaba mantenerse positivo; aun no tenía de qué preocuparse.

Cuando intentaba calmarse y mantener la tranquilidad, a lo lejos vio a Fabiana cruzar la calle para entrar en la cafetería. Tenía el cabello suelto, ligeramente ondulado, vestía una blusa de color claro larga, una chaqueta de jean, un pantalón oscuro y botas negras. Por unos segundos, Diego no pudo cerrar la boca anonadado observándola, pero él mismo lo notó e intentó sacudirse para comportarse de una manera natural.

- Hola Diego. ¿Cómo estás? Disculpa el retraso, es que no encontraba dónde estacionar el coche. –lo saludó con un beso en la mejilla.
- No te preocupes. No esperé mucho. –él le mintió y le abrió la silla para que se sentara a su lado.
- Gracias. ¿Ya viste el menú? –le preguntó ella.

- No. Adelante. –se lo entregó a ella.
- Me encantaría un café helado, ¿qué opinas?
- Que sean dos. –dijo él con una sonrisa.
- De verdad me alegra mucho verte. Me trae excelentes recuerdos del instituto. –le dijo ella.
- A mí también. Aún me parece mentira, pensé que no volvería a verte.
- Si mal no recuerdo la última vez que nos vimos te aseguré que nos encontraríamos de nuevo.
- Es verdad. Es lindo que lo recuerdes. –le dijo él un poco sonrojado.
- Pues siendo sincera no lo planeo pero mira qué bien se dio.
- Es cierto. Te traje algo. –le dijo él, sacando un cuarzo de su bolsillo y colocándolo frente a ella.
- No lo puedo creer, lo guardaste. –ella lo tomó, lo miró fijamente y Diego creyó ver que sus ojos se cristalizaban un poco.
- Claro que sí lo guardé. –le dijo él tratando de observar muy bien la reacción de ella.
- Gracias, esto me trajo aún más recuerdos. No éramos los mejores amigos pero hubo momentos lindos. Recuerdo que en todos mis cumpleaños me regalabas un chocolate blanco porque cuando una vez te dije que me gustaba mucho. –recordó ella.
- Sí, eso me recuerda algo. Aquí tienes. –le entregó el un caja de regalo envuelta que tenía escondida bajo la mesa.
- ¿Qué es?
- Ábrela. –le sugirió él.
- Son chocolates... -le dijo una vez que vio el contenido.
- Son trece chocolates blancos. Uno por cada cumpleaños en el que

no te lo di. –le explicó él.

- Diego, no lo puedo creer. Es increíble. ¿Por qué siempre has sido tan especial conmigo? –le preguntó ella visiblemente conmovida por los detalles.

- Porque eres una persona especial para mí. ¿Recuerdas cuándo comenzamos a ser amigos? –le preguntó él.

- Un poco.

- Marcos y Leandro siempre me molestaban cuando llegaba a la escuela, me empujaban, a veces tan fuerte que me hacían caer. La escuela era el refugio donde me escondía de las cosas terribles que sucedían en mi casa y ellos lo arruinaban. Un día cuando me estaban molestando tú te acercaste y le dijiste a Marcos que me dejaran tranquilo, él te gritó y tú le diste un puñetazo en la nariz; entonces, le advertiste que no volvieran a molestarme. Desde ese día tuvimos un tipo de amistad, un poco lejana pero para mí era muy importante. – recordó él.

- Tu defensa me costó un gran castigo. –le confesó ella.

- Fuiste muy valiente, mucho más que yo.

- No me parecía justo que ellos hicieran eso. Ya tenías suficiente con... -ella se cayó antes de cometer una imprudencia.

- No te preocupes, eso ya pasó. Me supuse que toda la escuela lo sabía.

- Creo que sí. Pero al final todo salió bien, ¿no? –le dijo ella.

- Se podría decir que sí.

- Mejor hablemos de cosas agradables. Ahora eres un artista reconocido. Te felicito. –le dijo ella.

- Gracias. Me he esforzado bastante, creo que soy afortunado de poder trabajar en lo que de verdad me apasiona. –le comentó Diego.

- Lo eres.
- ¿Tú a qué te dedicas? –le preguntó él.
- Pues después de terminar el instituto estuve un tiempo indecisa acerca de a que dedicarme. Tuve algunas oportunidades como modelo y una cosa llevo a la otra. No tuve un éxito explosivo, solo uno modesto pero podía sustentarme bien con mi trabajo.
- ¿Modelo de pasarela? –le preguntó él.
- No, de fotografía. Aunque hice algunas pasarelas, las fotografías se me daban mejor.
- Qué bien. No tenía ni idea. –le confesó él.
- Sí, es que por más que Francia esta tan cerca parece como otro mundo. Y aunque me gustaba ese trabajo, quería hacer locución. Es algo que me encantaría experimentar, por eso estaba en la facultad de humanidades, me quiero preparar muy bien para tener más oportunidades. He ido a algunas entrevistas, pero aún no logro conseguir algo.
- ¿Ahora no estás trabajando? –le preguntó él.
- No. Estoy abierta a posibilidades.
- ¿Y qué te trajo de regreso? Pensé que había sido trabajo. –le dijo él con interés por su respuesta.
- Sí, por trabajo; pero no el mío sino el de Julio, mi novio.

Las palabras de Fabiana retumbaron en el cerebro de Diego como el sonido de un gong golpeado en repetidas ocasiones. Él se sintió como un imbécil de pensar que en realidad ella estaría sola y que tendría algún tipo de oportunidad. Se comenzó a marear un poco pero sabía que tenía que hacer todo lo posible por calmarse, pues inmediatamente pensó en que si no le era posible tenerla como siempre había deseado, se conformaría con estar cerca de ella; por lo que tenía que tomar aquella terrible noticia con suavidad, por

lo menos ante los ojos de ella.

- Lo conocí en Francia, ya que lo enviaron de la empresa donde trabaja a hacer unos cursos de actualización. Entonces cuando tuvo que regresar me propuso que viniera con él y acepté; así que tengo que comenzar de cero aquí. Pensé que sería una oportunidad perfecta para hacer algo que siempre quise, como la locución. –siguió hablando ella sin notar la decepción de Diego.
- Tienes una voz hermosa y nunca se te ha dificultado la expresión, creo que lo lograrás. –le dijo él.
- ¿De verdad?
- Estoy completamente seguro. Aunque creo que no deberías abandonar el modelaje, ya tienes experiencia en el área y quizás sea un trampolín para conocer a personas que te ayuden en lo otro que deseas.
- Sí, pienso igual. La semana que viene tengo algunos castings, ya extraño trabajar; tú sabes, ser productiva. –le confesó ella.
- Sí, claro. Lo entiendo. Cuando paso tiempo sin dibujar o pintar me siento extraño. Como si no fuera yo mismo.
- Me imagino.
- De hecho siempre estoy buscando modelos. ¿Crees que podrías trabajar conmigo alguna vez? –tuvo en ese momento esa brillante idea para poder pasar tiempo con ella.
- ¿Lo dices en serio? –le preguntó ella emocionada.
- Sí, claro.
- Pero no tengo experiencia en ello.
- En realidad la mayoría de los modelos con los que he trabajado no la tienen. En realidad tú serías una de las más experimentadas porque has trabajado con fotografía. En ocasiones, hago fotos para

luego hacer bocetos y en otras ocasiones prefiero esbozar directamente con el objeto o persona a la vista. –le explicó él.

- ¿Tendría que estar mucho tiempo quieta? –le preguntó ella.
- A veces, depende de lo que estemos haciendo; pero es parecido a la fotografía.
- Realmente no sé si te sería útil pero si tú crees que sí, estoy dispuesta. De hecho me encantaría. No sólo porque eres mi amigo y alguien que aprecio muchísimo; sino porque veo que eres un artista exitoso y eso me beneficia.
- ¡Excelente! ¿Cuándo comenzamos? –le preguntó él.

Durante el resto de su encuentro, tomaron café, se comieron un delicioso pastel y continuaron hablando de manera muy amena. Sin embargo, Diego no podía evitar sentir una sombra en la dicha que sentía al tenerla cerca, debido al conocimiento de que ella estaba con otro hombre. Él hizo su mejor intento por restarle importancia al hecho y disfrutar del tiempo que ella le regalaba. Era algo que él pensaba que tenía muchísimo valor.

Además, ahora no sólo podría escribirle o intentar robar algo de su tiempo, sino que tenía una excusa perfecta para estar cerca de ella, observándola, respirando del mismo aire que ella, disfrutando de su presencia y complaciendo a sus oídos al escuchar su voz. Aquello tendría que ser suficiente para él, por lo menos por ahora.

Secretamente, Diego tenía la esperanza que con el tiempo y el contacto surgiera en ella algo más que un cariño de amistad que ahora le declaraba. Él estaba dispuesto a estar para ella en lo que necesitara, así quizás la vida decidiría retribuirle tanto sufrimiento y un día ella sentiría algo especial por él. Diego estaba dispuesto a ser el hombre más paciente, si ya había albergado por tantos años esos sentimientos por ella, ningún esfuerzo o

sacrificio serían demasiado.

Después de varias horas de recuerdos, risas y mucha conversación, ella le dijo que ya debía retirarse, le agradeció por la reunión y por tantos detalles significativos. Él pagó la cuenta y caminó a su lado para acompañarla hasta su coche. Él hubiese querido tomar de su mano y caminar hasta el límite de la tierra, o por lo menos darle un apasionado beso de despedida; pero eran cosas que no debía hacer si en realidad planeaba quedarse en la vida de ella.

- De nuevo muchas gracias por todo Diego. Ha sido hermosos volver a reunirme contigo. Siempre estuviste en los recuerdos más lindos de mi infancia y adolescencia. –le dijo ella antes de montarse en el coche.

- Yo soy quien tiene que agradecerte a ti por todo. Por defenderme de Marcos sobre todo. –le dijo él y ambos se rieron.

- Qué bueno que te encontré ahora que me hace falta tanto apoyo. Sé que este es mi país pero ahora mismo me siento como una extranjera. –le confesó ella con la mirada llena de nostalgia.

- Te entiendo. Yo he vivido toda mi vida aquí y a veces también me siento como un extranjero. Te apoyaré en todo lo que necesites. Te lo prometo. –le dijo él mirándola a los ojos, intentando resistir al poderoso impulso de besarla y no soltarla jamás.

- Gracias. –le dijo ella, le dijo un beso en la mejilla y se fue; mientras él permaneció parado viendo cómo ella se alejaba de él.

III

- Hey, hermano. Cuéntame cómo te fue en tu cita con Fabiana. –le dijo Cesar apenas estuvo de regreso a la casa.

- Bien, muy bien. Hablamos mucho. Nos conectamos de nuevo. Fue grandioso.

- ¿Sí? Pues qué bien, me alegro. Quizás esta vez sí se te dé.
- Somos amigos César.
- Pero sé que tú quieres mucho más que eso. –le dijo César.
- Ya déjalo.
- Bien. Necesito tu ayuda, quiero probar un juego; ¿te apuntas conmigo?
- Sí, está bien. –le dijo él dirigiéndose al cuarto de juegos que tiene su hermano.

Diego pensó que no era nada apropiado contarle a su hermano sobre el asunto del novio de Fabiana, no quería darle la razón a su hermano. Sabía que iba a decirle que no era saludable seguir viéndola y se preocuparía de más; y eso no era lo que él quería. Estaba decidido a no alejarse de ella de todas maneras. Así eso significara que iba a sufrir viéndola con otro.

- ¿Estás desconcentrado o te estás dejando ganar? –le preguntó su hermano.
- Eres bueno para estas cosas; mucho más que yo. Es verdad, pero normalmente por lo menos das la pelea.
- No seas engreído. –le dijo Diego.
- Oye, mamá llamó. –le contó César.
- ¿Y qué dijo?, ¿cómo está?
- Está bien. Quiere que vayamos a almorzar el próximo sábado con ella. ¿Qué opinas? –le preguntó su hermano.
- Creo que está bien. Podemos ir.
- Le puedes decir a tu amiga. –le dijo César con ironía.
- Pues quizás lo haga.
- ¡Excelente! Le diré a mamá que nos prepare algo bueno para ese día.

A pesar de que Diego no era hijo de sangre de Emilia lo trataba exactamente como si lo fuera, desde el mismo día cuando junto a su esposo, asumieron que lo adoptarían; aunque al principio él pensara que no era así. Ahora que era adulto sabía que le había dado el mismo trato que a su propio hijo y eso le provocaba gran admiración y amor por ella. Sobre todo teniendo en cuenta que no lo había adoptado al inicio de su vida, sino en la peor etapa posible; justamente en el momento en el que él estaba entrando en la adolescencia.

Le había tocado quererlo en su momento más rebelde, depresivo y solitario; pero eso no evitó que ella luchara para sacarlo adelante con amor y disciplina. Si no fuera por ella, Diego estaba seguro que no sería el hombre que es hoy; quizás no el mejor ni el más estable emocionalmente, pero por lo menos sí una buena persona. Y definitivamente ella era la responsable de ello.

- ¡Tú no eres mi madre! –le gritó una vez Diego, él tenía catorce años y lo encontró fumando en el jardín de la casa a media noche.
- Pero soy lo más parecido que tienes a una madre o alguna vez has tenido. Así que te pido que me respetes de esa manera. No voy a permitir que siendo tan joven andes fumando. –le advirtió.

Él estaba molesto, pero no le dijo nada porque sabía que ella tenía la razón. La madre que había tenido por once años, no había sido su madre. Sólo era la mujer que lo había expulsado de su cuerpo y que lo mantenía a su lado por obligación legal y no por amor o por lo menos cariño. Y si Diego permanecía a su lado no era por ella sino por Dayana, su hermana menor; que era lo que más quería él en la vida.

Dayana era seis años menor que Diego, él la cuidaba siempre. Cada día que se despedía de ella porque tenía que ir a la escuela, se sentía ansioso y

preocupado de que le fuera a suceder algo; pues su madre no la atendía como debía. Pasaba la mayor parte del día inconsciente y cuando no lo estaba, dedicaba el tiempo a discutir con Gerónimo, su esposo y padre de sus hijos, o por lo menos el hombre que los había engendrado. Diego siempre estaba poco atento a las clases y parecía apurado porque apenas terminaba el horario quería salir corriendo a su casa a ver que su pequeña hermana estuviera bien.

Era común que a su llegada, tuviera que prepararle el almuerzo pues no había comido nada aun. Su madre no se había levantado de la cama o del sofá y su padre estaba trabajando o emborrachándose en algún lugar. Él añoraba que llegara pronto el día cuando pudiera dejar la casa de sus padre y llevar consigo a su hermana, a un lugar donde ella estuviera bien y no tuviera que presenciar las peleas de sus padres.

Por lo menos cuatro veces a la semana, su padre llegaba tarde a casa y estaba completamente ebrio. Entonces, su madre se molestaba y le reclamaba, él gritaba y la golpeaba hasta el cansancio; esto pasaba una y otra vez. Diego se encerraba en la habitación con su hermana y le leía cuentos, la hacía escuchar música o le pedía que coloreara con él algún dibujo. Él sólo quería protegerla.

Una tarde, cuando llegó del instituto, su hermana no estaba y su madre estaba inconsciente en su habitación, como era usual. Diego la buscó por todos lados, temeroso y desesperado. Cuando no pudo encontrarla, trató de despertar a su madre para que le dijera si sabía algo. En medio de su inconsciencia, le dijo que su hermana Martha había estado allí y se había llevado a la niña.

Diego no tenía posibilidades de saber exactamente qué había ocurrido pues su madre no era capaz de darle mucha información al respecto. Pero a su corta edad pudo deducir que su tía llegó de imprevisto y al ver las

condiciones de su madre decidió encargarse de Dayana. Lo cual le alegraba mucho, sin embargo se preguntaba por qué lo había dejado a él en aquel infierno. Desde aquel día todo fue mucho peor, porque ahora él no tenía a quien defender, ni tenía razones para abstraerse de la discusión de sus padres. A partir de ese día, su padre no sólo golpeaba a su mamá.

Hasta la actualidad, no tenía claro qué había pasado con exactitud con su hermana, pero seguía queriéndola con la devoción de aquellos tiempos. Rogaba para que estuviera teniendo una buena vida, una totalmente distinta a la que llevaba antes. Él había intentado buscar su nombre y el de su tía por las redes sociales, pero todo había sido en vano. No pasaba un día en el que él no la pensara.

Si la viera ahora de seguro no podría reconocerla, eso era una de las cosas que más le dolía; pensar que podría pasar por el lado de su hermana y no ser capaz de saber quién era. Una y otra vez pensaba en contratar algún profesional que lo ayudara a ubicarla, pero el miedo a pensar que en realidad le había pasado algo terrible lo paralizaba a tal punto que prefería imaginarse que ella estaba bien, que había estudiado, que trabajaba, que tenía un novio, que se mudaba sola, que era feliz. Prefería jugar a imaginar que enfrentarse a una realidad que quizás no sería la mejor.

A los doce años de edad, el matrimonio Escalona lo adoptó. Y comenzó su ruta a ser quien era hoy. Había aprendido a amar a Emilia mucho más de lo que amó a su propia madre, aunque no le era fácil expresar sus sentimientos y aunque las cosas con su hermano adoptivo no fueron sencillas, ahora eran más hermanos de lo que podría decirse que son mucho nacidos de un mismo vientre.

- Le compraré el té que tanto le gusta para llevarle el sábado. –dijo Diego.

- Que sean dos y le decimos que es uno de cada uno. –le dijo César.
- Me voy al taller. –le dijo Diego levantándose del sofá.
- Oye, no me diste tu opinión del juego.
- Esta genial. Como todos los que haces.
- Ya lo sabía. –comentó César para sí mismo.

Diego estuvo por varias horas en su taller haciendo una pintura del cuarzo que le había entregado a Fabiana. Nunca antes se le había ocurrido hacerlo y seguramente nadie al verlo lo entendería, nadie excepto ella por supuesto. Ella sería la única que lograría entenderlo, y era justamente la clase de complicidad que le gustaba a Diego al hacer ese cuadro. No necesitaba verlo, se sabía de memoria sus tonos y las líneas difuminadas que lo atravesaban.

Pasadas algunas horas, aún no se sentía satisfecho con la representación, pero el cansancio en los ojos le impedía continuar por más tiempo. Prefirió detenerse y proseguir luego. En silencio, lavó con dedicación sus pinceles y sus manos antes de apagar la luz del taller y de retirarse a su habitación. Se despidió de su hermano y se fue a la cama. Estando allí, cerró los ojos y vio la sonrisa de Fabiana cuando esa misma tarde le había entregado los chocolates; él estaba seguro que a ella le había encantado, todo había sido perfecto Todo menos una sola cosa, pero que era demasiado trascendental.

Él se preguntaba si ella estaba enamorada de ese hombre, debía estarlo pues había decidido abandonar todo por venir con él. También se preguntaba si esa noche ella estaría en los brazos de él, a lo cual él mismo se contestaba que tenía que ser así, pues no creía posible que el hombre que estuviera a su lado desaprovechara ni una sola oportunidad para tenerla cerca.

- Feliz noche. Me gustó mucho verte esta tarde. Esperaré tu mensaje mañana. –le escribió Diego a Fabiana, esperando no importunarla, o mejor sí.
- A mí también me encanto verte Diego. Mañana a penas salga del casting te escribo para saber si es buena hora para que me recibas. –le contestó ella algunos minutos después.
- Estaré atento. Que descanses. –se despidió él.
- Igualmente.

Él apartó el móvil, dejándolo en una mesa cercana a la cama, e intentó quedarse dormido. Diego, desde que podía recordar, tenía una relación complicada con el sueño; no porque no le gustase dormir o porque no pudiera hacerlo, sino porque la gran mayoría de las veces tenía pesadillas o sueños que le dejaban sensaciones muy desagradables. Aquella noche no fue la excepción.

Se vio así mismo, pequeño, de unos ocho años de edad. Era una noche tranquila, como pocas. Su madre trataba de hacer la cena, ya que su esposo había llegado temprano a casa. Su hermana jugaba en el piso con unas muñecas, aun no sabía caminar muy bien. Él estaba en la mesa de la sala haciendo un dibujo con gran concentración. Su padre estaba en el sofá, frente al televisor, viendo un juego de futbol.

- Diego Armando, ven. Siéntate conmigo. –le dijo durante el medio tiempo, él sin decir una palabra lo obedeció con cierto temor.
- ¿Te gusta el futbol? –le preguntó su padre, pero él se quedó en silencio mirándolo.
- ¡Respóndeme! –le ordenó, alzando la voz.
- No... -le dijo él tímido y temeroso.
- ¿Cómo que no?, ¿a ti qué te gusta? –le preguntó su padre.

- Me gusta dibujar.
- Eso es para tarados. ¿Cómo no te va a gustar el fútbol? Te puse el nombre del mejor jugador de todos los tiempo, Diego Armando Maradona; para que fueras un futbolista estrella, como él y un día me hicieras sentir orgullo. Y resulta que lo que te gusta es dibujar. Hoy vas a ver fútbol y te va a gustar. –le ordenó.

Su padre se levantó del sofá. Caminó hasta la mesa donde aún se encontraba el dibujo en el que estaba trabajando Diego, lo tomó y lo observó con desdén; sin ningún tipo de piedad o remordimiento visible, lo rompió a la mitad y lo botó. Diego no pudo hacer nada, aunque quería gritarle que no lo hiciera; él había trabajado mucho en ese dibujo. Luego se sentó de nuevo y le ordenó que no quitara la mirada de la pantalla. Diego soportaba lo mejor posible las ganas de llorar, se sentía amenazado, despreciado y forzado.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos y cuatro más de prórroga del partido, Diego no movió ni un solo músculo para no provocar la ira de su padre. Una vez que terminó el juego, le ordenó que se levantara para ir a cenar; fue la única manera de que él se moviera. Cuando todos se fueron a dormir, Diego se levantó en silencio de la cama y fue a la papelería a buscar el dibujo que su padre había destruido. Lo encontró, lo guardó y regresó a la cama a llorar en silencio.

Diego se despertó, con el rostro lleno de lágrimas. No había sido ni de cerca la peor pesadilla que haya tenido donde participara el recuerdo de su padre; pero era un recuerdo que le dolía enormemente. Se levantó de la cama y fue al baño a lavarse las lágrimas de la cara; se vio en el espejo y vio con desprecio los rasgos de su padre que se asomaban en su rostro. Se secó e intentó volver a dormir. Cerró los ojos pero le era muy difícil conciliar el sueño.

Después de un tiempo perdido sin poder dormir, Diego vio la hora, eran las cuatro de la madrugada. Supo que no podría dormir más así que prefirió levantarse, fue a su taller y comenzó a rehacer aquel dibujo que su padre le había roto aquella vez. Ahora lo había hecho mucho mejor que entonces, con hermosos detalles y una buena técnica; al terminarlo lo vio y estuvo satisfecho.

De manera violenta y muy inesperada, su padre entró en el taller, tirando la puerta; no había cambiado nada a pesar de tantos años: lo veía alto, fornido, con olor a alcohol, furioso. Le arrebató el dibujo de la mesa de trabajo, sin que él pudiese hacer nada al respecto porque estaba totalmente paralizado, lo vio con rabia y frente a sus ojos lo rompió, luego se lo lanzó al pecho.

- Eres un perdedor, un idiota y un tarado. –le dijo en la cara.

Luego, su padre lo tomó por la camisa y lo levantó del asiento, para golpearlo de un solo movimiento contra la pared. El golpe fue muy fuerte, al punto de dejarlo casi inconsciente; su padre le decía muchas cosas que no podía escuchar con claridad pero que le producían mucho miedo. Seguidamente, viéndolo débil en el piso, le atinó una patada en el estómago.

Diego se despertó asfixiado, sudando, sin entender en lo absoluto lo que estaba pasando; pero solo, en su habitación, sin rastros de ninguna otra persona. Vio el reloj de su móvil, eran las dos de la mañana, y entendió que todo aquello solo había sido otra pesadilla. Respiró profundo varias veces para calmarse pues estaba muy acelerado. Luego, pudo acostarse y volver a dormir.

IV

- ¿Vas a salir? –le preguntó su hermano al ver a Diego buscando

sus llaves.

- ¿Tú qué crees?
- Pero no seas odioso vale. –le dijo su hermano.
- Disculpa, sí voy a salir. Voy al supermercado.
- Está bien. ¿Me puedes comprar algo? –le preguntó él.
- ¿Qué necesitas?
- Te haré una lista, ¿sí?
- Te estás aprovechando de mí. –le dijo él.
- No es cierto, si de todas maneras vas a ir me puedes comprar unas cosas.
- Está bien, pero no te acostumbres. –le advirtió Diego.

Diego había decidido ir al supermercado pues Fabiana iría al taller y quería hacerla sentir cómodo y atendida. Él paseaba por el supermercado, con la lista de César y buscando algunas cosas que pudieran gustarle a Fabiana; tomó algunas botellas de vino, frutas, frutos secos, gaseosas, jugos, galletas, entre muchas otras cosas que consideró pertinentes. Deseaba darle una buena impresión. Ya estaba por terminar la mañana y ella aun no le escribía, él se comenzaba a impacientarse.

- Hola Fabi. Cuéntame. ¿Qué tal va tu casting?
- Hola Diego. Te confieso que estoy nerviosa, aún hay dos primero que yo, todas son chicas muy hermosas. No estoy muy segura de tener oportunidad. –le escribió ella.
- Esas personas tendrían que estar ciegos para no ver que tú eres la más hermosa de todas.
- Eso no lo sabes, no has visto a las demás. –le dijo ella.
- No necesito verlas. –le contestó él.
- Eres un adulador. Me falta solo una.
- Oye, estoy tan seguro de que tendrás éxito que pienso que apenas

que salgas de allí deberíamos ir a celebrar. ¿Qué opinas si te invito a almorzar? –le preguntó él.

- No me caería mal relajarme un poco después de tanto estrés.
- Perfecto, apenas salgas de allí nos vemos en el restaurante que te diré. Te irá genial.
- Gracias. Nos vemos.

Diego se apuró en llevar a casa todas las cosas que había comprado y las dejó para que su hermano las organizara, por lo cual refunfuño pero no le quedó más remedio ya que Diego salió de nuevo de manera inmediata para llegar a tiempo a su encuentro con Fabiana; sin siquiera escuchar las quejas de su hermano. Logró llegar primero que ella, tal cual lo deseaba.

- Ya llegué. Te espero. –le escribió Diego a Fabiana emocionado.
- Excelente. Ya estoy por llegar. No comas sin mí. –le respondió ella.

Diego estuvo mirando el menú para familiarizarse con él, porque la verdad es que no solía salir mucho. Esa era una de las razones por las cuales Camila había decidido terminar su relación con él; pero ahora tenía ánimos de salir, de conocer nuevos lugares de agrado a Fabiana. Algo que nunca sintió con Camila. Estaba claro que él había sido el culpable de la ruptura, aunque ella fuera quien la orquestó.

- Buenas tardes. –le dijo ella sorprendiéndolo mientras veía el menú.
- Fabi, ¿cómo estás?, ¿cómo te fue? –le dijo ofreciéndole la silla a su lado.
- Me fue... bien. Creo. Me dijeron que me avisarán.
- Ya verás que todo saldrá bien. ¿Quieres comer o prefieres tomar algo primero para relajarte un poco? –le dijo él.

- Pediré un trago.
- Perfecto. –dijo él, haciéndole señas al mesonero para que se acercara a la mesa.
- Por favor, tráigame ron añejo, con hielo y un poco de limón. – pidió ella y miró a Diego.
- A mí me trae exactamente lo mismo. –pidió él.
- ¿Te gusta el ron? –le preguntó ella.
- No lo sé. Estoy confiando en ti. –le dijo sonriéndole.
- Jajajaja gracias por la confianza entonces.
- No te preocupes, te van a llamar y si no lo hacen, ellos se lo habrán perdido. –el mesero les trajo lo ordenado.
- Salud por eso. –le dijo ella alzando el vaso.
- ¡Salud! –respondió él.
- ¿Sueles venir aquí? –le preguntó ella.
- No, en realidad es primera vez que vengo; pero he escuchado buenas referencias del lugar y quise conocerlo.
- Qué bueno. Me parece muy lindo y el ron es excelente.
- Estoy de acuerdo.
- Cuéntame algo, ¿no te has casado?, ¿no tienes hijos?, ¿novia? –le preguntó ella.
- No, no me he casado ni tengo hijos pero tuve un ruptura de una relación larga hace poco tiempo. –le contó él.
- ¿Sí?, ¿qué pasó?, ¿por qué se separaron? –le preguntó ella.
- Creo que no éramos realmente compatibles. –le dijo él.
- Disculpa, creo que fui imprudente.
- No, no preocupes. No quise ser poco explícito, es que de verdad no entiendo muy bien que pasó. Tuvimos una relación de cuatro años, nos mudamos juntos los dos años y todo empezó a decaer.

Comenzamos a tener muchos problemas, estaba decepcionada de ciertas características de mí que pensó que cambiaría con el tiempo y no fue así. Entonces, los últimos meses fueron muy difíciles hasta que finalmente nos separamos.

- ¿Hace cuánto? –le preguntó ella.
- Nos separamos hace unos seis meses.
- ¿Y la extrañas?
- No quiero ser cruel.
- Entiendo. –dijo ella.
- ¿Y a ti como te va con tu novio? –le preguntó él un poco nervioso por la intromisión, pero pensó que aquel era el momento ideal para preguntar.
- Pues bien, en general. Claro que tenemos diferencias, pero es normal en las relaciones tener altos y bajas. –le dijo ella.
- Es cierto. –le dijo él sin saber cómo insistir en el asunto.
- ¿Qué te apetece? –le preguntó ella refiriéndose al almuerzo.
- ¿Ya tienes hambre? –le preguntó él.
- Sí, uno poco.
- Pues me gustaría pedir el pollo al horno, ¿y a ti?
- Creo que pediré la pasta con salsa de camarones. Me encantan los camarones. –apuntó ella.

Almorzaron amablemente, les encantó la sazón de aquel restaurante. Decidieron irse al taller para comenzar a trabajar, ella lo seguiría a él en su coche pues no sabía dónde vivía él y aún le costaba ubicarse en algunas zonas de la ciudad. En poco tiempo llegaron a la casa de Diego y él la invitó a pasar.

- Aquí tengo mi taller, así no tengo que salir tanto de casa. Me gusta estar aquí. –le explicó él.

- Tienes una casa grande y hermosa. –le dijo ella.
- Gracias.
- Buenas tardes. –dijo César encontrándose con Fabiana y su hermano.
- Buenas tardes. –dijo ella.
- ¿Cómo estás Fabiana?, ¿te acuerdas de mí? –le preguntó César.
- Disculpa, pero no estoy segura.
- Es mi hermano. –le dijo Diego.
- ¿César?, ¿cierto? No te reconocí. –le dijo ella en tono de disculpa.
- Es normal, la silla de ruedas interfiere con el reconocimiento.
- Bueno... -dijo ella nerviosa.
- Mi hermano tiene un humor muy pesado, no le prestes atención. –le dijo Diego.
- Es todo un placer para mi verte de nuevo. Estás realmente hermosa. –le dijo César.
- Te lo agradezco mucho.
- ¿Vamos? –le preguntó Diego.
- Sí, claro. Con permiso. –le dijo ella a César, siguiendo a Diego al interior de la casa.

Diego le abrió las puertas de su santuario a Fabiana, era un lugar en el que pocas personas entraban, ya que a él no le gustaba que vieran sus trabajos aun sin terminar. Ella se quedó impresionada de la cantidad de dibujos, pinturas, esculturas y fotografías que se exhibían por todos lados. Le pareció algo muy interesante.

- Ya veo por qué eres tan exitoso. Trabajas muchísimo. –apuntó ella mirando sus obras.
- Realmente no hago mucho más que estar aquí. Estoy casi

completamente dedicado a esto. –le dijo él.

- Entiendo. Eso es dedicación. Te felicito. –le dijo ella.

- A veces más bien siento que debería tener algo más en la vida. –le confesó él.

- ¿Y por qué no lo tienes? –le preguntó ella.

- Porque no hay nada que capte mi atención lo suficiente, por lo menos por ahora. –le dijo mirándola fijamente.

- ¿Y cómo puedo serte útil? –le preguntó ella.

- Pues puedes sentarte, conversamos un poco y yo dibujo.

- ¿A mí? –le preguntó.

- Sí. Gestos, miradas, alguna idea.

- Esto me parece conocido. –le dijo al ver el dibujo que había hecho de su mirada.

- ¿Te parece? –le preguntó él un poco nervioso, debió haberlo guardado.

- Sí, ¿son mis ojos? –le preguntó ella sorprendida.

- Creo que se parecen.

- Se parecen mucho. –le dijo ella observándolo con detenimiento.

- ¿Deseas algo? Puedo ofrecerte vino, jugo, agua, café; lo que gustes. Le dijo, intentando desviar el tema.

- Me encantaría una copa de vino.

- ¿Blanco o tinto?

- Blanco, por favor. –le dijo ella con una sonrisa.

- Regreso enseguida.

Diego fue un poco nervioso hacia la sala, ella podría darse cuenta el interés que él tenía por ella, tan solo con observar bien lo que expresaba en sus obras. Intentaba no ponerse demasiado ansioso para no delatarse aún más. Destapó la botella de vino blanco, tomó dos copas, una hielera y se dirigió

nuevamente al taller. Al entrar, la encontró sentada con el cuadro del cuarzo en las manos, sonriente.

- Es nuestro cuarzo. –le dijo ella sin mirarlo.
- Sí, lo es.
- Te quedó excelente. Aunque no lo has terminado. ¿Cuándo lo hiciste? –le preguntó ella.
- Lo hice ayer.
- Pero ayer ya no lo tenías.
- Así es.
- ¿Lo hiciste de memoria? –le preguntó sorprendida.
- Sí.
- Tienes un gran talento.
- Gracias. –él le entregó la copa.
- Salud. –le dijo ella.
- Por tu carrera. –le dijo él.
- Y por tu talento. –respondió ella y bebió.
- Quédate sentada allí, voy a sentarme en la mesa a dibujar.
- Esté bien. ¿Hago algo?
- No, sólo actúa normal. Háblame si deseas. –le pidió él.
- No quiero ser imprudente o mal educada, pero me sorprendió ver a tu hermano en una silla de rueda.
- Sí, entiendo. Hace unos años tuvo un accidente automovilístico y no podrá recobrar el movimiento en sus piernas. –le contó él.
- Es muy lamentable. ¿Cómo está él? Anímicamente.
- Al principio fue muy difícil. La depresión casi lo mata pero logramos alentarlo y ahora está mejor. Aunque tiene días difícil y utiliza el humor negro para defenderse de la lástima. Odia sentir que le tienen lástima. –le contó él.

- Qué complicado. –dijo ella pensativa.

Diego conversaba con ella, pero a la vez estaba concentrado en dibujar las manos de ella, la forma cómo rodeaban la copa de vino, tan firme pero tan delicada a la vez; las uñas no tan largas, pintadas de tono vino tinto. Ella seguía hablándole de algunos recuerdos del instituto y de su adaptación para vivir en otro país cuando tan solo era una adolescente.

- ¿Qué opinas? –le dijo él mostrándole el dibujo de su mano.
- Increíble. ¿Cómo hiciste eso tan rápido?
- Supongo que es la práctica, pero aún le falta mucho si quiero convertirlo en un cuadro. Haré varios bocetos para así escoger.
- Está bien. ¿Qué hago?
- Sigamos hablando. –le propuso él.
- ¿Puedo preguntarte algo? –le dijo ella mientras él se disponía a seguir dibujando.
- Sí, claro.
- ¿Alguna vez volviste a saber de tu madre? –le preguntó ella con cierta timidez.
- Sí, supe algo de ella. Hace unos años murió de una sobredosis.
- No sabes cuánto lo lamento. –le dijo ella.
- Yo también lo lamento.
- Sé que tuviste una niñez difícil pero igual es duro perder a un familiar tan cercano.
- Sí, lo fue. –afirmó él.
- ¿Has hablado de eso con alguien?
- ¿De qué? –le preguntó él.
- De lo que pasaste durante tu niñez.
- No mucho. Estuve durante varios años en terapia pero no fue de gran ayuda. –admitió él.

- ¿Y crees que lo superaste?
- No lo sé. Creo que sí. Aún tengo pesadillas, pero no me siento mal en realidad, como antes. –le contó él.
- ¿Qué pesadillas?
- Pues sueño mucho con mi padre. Sueño que me grita, que me persigue o que me agrede físicamente. También sueño con mi hermana, que él la golpea. A veces sueño que encuentro a mi madre muerta. –confesó él.
- Diego eso es terrible.
- Sí, lo es; pero creo que he aprendido a entender que es parte de lo que soy. No puedo borrar mi pasado, creo que tengo que aprender a vivir con ello. –le dijo de manera sincera él.
- No creo que tengas que resignarte a vivir sintiendo miedo.
- No creo que sea miedo.
- Tal parece que lo es. Me gustaría ayudarte. –le dijo ella.
- ¿Cómo crees que puedas ayudarme? –le preguntó él viéndola con cariño.
- Puedo escucharte, puedo darte mi apoyo y puedo ayudarte si necesitas hacer algo. –le dijo ella.
- No estoy seguro de querer hablarlo o hacer algo al respecto.
- ¿No crees que debes hacer algo para cerrar ese ciclo? –le preguntó ella.
- ¿Crees que no lo he cerrado?
- Lo creo, puesto que esas pesadillas no son normales y quizás el que te escondas en tu taller no te hace bien. No quiero decir algo que te moleste. –le dijo ella un poco sonrojada.
- No te preocupes. No me molesta. Quizás eres con la única persona que hablaría esto.

- ¿Por qué conmigo?
- Bueno, nos conocemos desde hace mucho tiempo, te tengo confianza y por algo que no puedo explicar siento que me entiendes, aunque no hayas pasado por lo mismo que yo. Supongo que sabes escuchar. –le dijo él.
- Me alegra que me veas de esa manera.
- Aprecio que me quieras ayudar, de verdad; pero no creo que las cosas realmente puedan cambiar.
- Entiendo, pero ¿hay algo que quisieras hacer?, algo que te ronde en la cabeza y no puedas sacarlo. –le preguntó ella.
- Creo que hay una cosa.
- ¿Qué es? –quiso saber ella.
- Volver a ver a mi hermana.
- ¿Qué sabes de ella? –le preguntó con mirada triste.
- Nada. Mi tía se la llevó y no supe más de ella. He intentado ubicarlas por las redes sociales o con otros familiares pero ha sido imposible. No sé qué podría hacer. –le dijo mientras tenía sus ojos llenos de lágrimas contenidas y la mirada fija en su cuaderno de dibujo.
- Quizás podamos hacer algo. –le dijo ella intentando transmitirle un poco de esperanza.
- ¿Eso crees? –le preguntó él.
- Claro que sí. –su móvil sonó.
- Aló. –dijo ella.
- Sí. Estoy con mi amigo Diego, el que te conté. Ok. Nos vemos en un rato. –conversó ella por el móvil.
- ¿Tienes que irte? –le preguntó él.
- Sí, debo irme pronto.

- Debemos hablar de tus honorarios.
- No es necesario. Me gusta la idea de pasar tiempo contigo. Me siento útil de alguna manera. –le dijo ella.
- Eres modelo y somos amigos, pero en este caso se trata de una relación profesional. Pienso que debo retribuir tu tiempo como se debe.
- Lo hablamos luego, ¿te parece?
- Está bien.
- Gracias por el vino. –le dijo ella.
- Gracias por tu tiempo.

V

- Tengo una idea. –Diego recibió un mensaje de Fabiana de manera inesperada.
- ¿Cuál es tu idea? –le preguntó él siguiéndole la corriente.
- Contratemos un detective privado. –le propuso ella.
- ¿Un detective?, ¿cómo en las películas?, ¿para qué?
- Para que consiga a tu hermana.
- ¿Crees que sea posible? –le preguntó él con una chispa de esperanza.
- Que la encuentre no sé, que lo contratemos sí; vale la pena intentarlo.
- Puede que tengas razón, pero tengo miedo. –le confesó.
- ¿De qué?
- De que no haya tenido la buena vida que me imaginé para ella.
- ¿Prefieres no saber? –le preguntó.
- Es una mezcla extraña de sensaciones. Daría lo que fuera por volver a abrazarla pero no sé si podría soportar una mala noticia. A veces es preferible no saber.

- Creo que entonces te tienes que preguntar a ti mismo cuál de esas sensaciones es más fuerte. O quizás si es posible que puedas vivir tu vida sin saber.
- Lo pensaré. –le dijo él.
- Esperaré tu respuesta. –le dijo ella.

Definitivamente ella había regresado a su vida para trastocarlo absolutamente todo. Era a la única persona a la que le permitiría opinar respecto a algo tan privado y doloroso para él como lo era su niñez y su familia; eso demostraba que ella era su mayor debilidad. Lo obligaba a recordar muchas cosas y a evaluar posibilidades que antes ni siquiera habría considerado.

No era que no quería volver a ver a su hermana menor, es que temía profundamente que su madre que haya mentido en ese momento y ella o su padre le hubiese hecho daño a Dayana. Quería no tener que considerar esa posibilidad pero dadas las reacciones violentas de su padre y la incapacidad de su madre, no podía evitar que ese pensamiento rondara su cabeza. Y si eso fuera verdad, no estaba seguro que pudiera mantenerse cuerdo, porque se sentiría culpable.

Consideraba que si ella estuviera bien, lo habría buscado en algún momento. Trataba de no pensar en ello pero no podía evitarlo; no lograba pensar en una razón que a ella le impidiera ponerse en contacto con él distinta a que las cosas no pasaron cómo su madre le dijo. Sin embargo, había una pequeña pero poderosa chispa de esperanza que lo impulsaba a querer saber. Esa chispa era la remota posibilidad de volver a ver y a abrazar a su hermana.

- Ya lo pensé. –le escribió algunas horas después.
- ¿Qué decidiste? –le preguntó ella.
- Que podemos hacerlo. –le dijo él con nerviosismo.

- ¿Estás seguro?
- No. –se escuchó con poca energía.
- Yo te apoyaré. –le dijo ella.
- Es lo que necesito.

Diego había imaginado que su hermana había tenido de parte de su tía comprensión, cariño y apoyo. Quería pensar que había sido una buena estudiante, que había encontrado una pasión en la vida, que se había enamorado y que no había sufrido desamor. Quería pensar que tenía quizás un hijo, si así lo deseaba, que tuviera salud física y mental a pesar de todas las cosas terribles que presenció en su niñez, a pesar del esfuerzo de él por evitarlo.

También quería creer que ella había olvidado cosas que él podía recordar con tanta claridad. Como la vez cuando ella divertía viendo televisión, él hacía su tarea en el sofá detrás de ella y su madre estaba encerrada en su habitación dormida, como era usual. Su padre llegó muy alterado, gritándoles palabras que no comprendían. Entonces en medio de los gritos preguntó por su madre, él le contestó que estaba en la habitación y Dayana no paraba de llorar por el miedo.

Su padre entró a la habitación y él tomó por la mano a Dayana, llevándola a su habitación, cerró la puerta y puso a todo volumen la pequeña radio que tenía, para tratar de tapar los gritos de sus padres. Sin embargo, no era sencillo. Escuchaba a su padre acusándola de parásito, amenazándola con abandonarla, poniendo en duda su paternidad con respecto a los dos. Entonces, él rogaba para que fuera verdad, para que un día su madre les confesara que ese no era su verdadero padre. Pero aquello nunca sucedió para el pesar de Diego.

Necesitaba creer que ella no recordaba aquello, de esta manera no

estaría tan dañada como sentía que él lo estaba. Si no podía recordar aquello, quizás no tuviera pesadillas como él. Tal vez si aquello era una imagen muy difuminada, ella sería capaz de relacionarse con las personas sin tantos miedos e inseguridades. Si eso era posible, quizás ella sí sería un poquito feliz. De esta manera, él podría también tener algo de alegría en su propia vida.

Aunque tenía muchas preguntas y ansiedades que lo apremiaban, esa noche después de decidir que sí contrataría a un detective, como Fabiana se lo había propuesto; durmió bien; sin despertarse, sin pesadillas. Lo cual le sorprendió gratamente, y pensó que quizás era algún tipo de señal que le indicaba que eso era lo correcto. Gracias a ese descanso se sentía animado aquel día.

Dedicó gran parte del día a concretar las obras que había comenzado ante Fabiana. Ella lo inspiraba y se daba cuenta que aquella inspiración no era oscura como el resto de su obra; lo que ella le hacía pintar tenía brillo, esperanza y al mismo tiempo era enigmático. Se descubrió a sí mismo sonriendo mientras trataba de recrearla en una tela. No tenía la menor duda de que ella le traía un aire fresco y agradable a su existencia.

- Me gustaría que vieras lo que he hecho con los bocetos que dibujé de ti. –le dijo aquella tarde.
- Me encantaría verlo. Creo que puedo ir mañana, estuve hablando con un detective y me dijo que mañana tenía tiempo para reunirse con nosotros. ¿Qué opinas si voy con él?
- Es rápido.
- Has esperado muchos años ya. Son suficientes. ¿No crees? –le preguntó ella.
- Sí, tienes toda la razón. Está bien. Nos vemos mañana. –accedió

él.

- Estaremos allá a las once de la mañana.
- Entendido. –le dijo él.
- No estés nervioso.
- Lo intentaré. –le dijo él casi temblando de nervios y con la respiración acelerada.

Salió del taller y fue a su habitación a buscar las cosas que tenía de su hermana. Así podría darle mayor información al detective privado. En una gaveta, en una esquina oculta, tenía guardada una pequeña caja de madera que le había regalado su madre adoptiva para que guardara aquellas cosas que ella sabía que él tenía aunque nunca accedió a mostrárselas.

El primero que nada sacó un pequeño algún que coleccionaba de pequeño, era ciudades y países del mundo. Cada página estaba dedicada a una zona específica, cada tarjeta tenía una imagen representativa de un lugar y otras eran parte de un rompecabezas de fotografías o de mapas. A él le encantaba aquel álbum, hacía todo lo que estaba a su alcance para comprar los sobres para llenarlo.

Su padre no le daba dinero, así que él tenía que ingeniárselas para ganar algunas monedas que le permitieran comprar algunas cosas que quería. En ocasiones, le cobraba a sus compañeros por hacerles dibujos para sus tareas, en otras ocasiones les vendía dibujos a jóvenes para que estos se lo regalaran a chicas que querían conquistar o hacía apuestas con otros niños que lo retaban diciéndole que no podría dibujar algo. Entonces, compraba golosinas para su hermana y algunos sobres para su álbum.

Diego observó con detalle las tarjetas que tenía el álbum y las que le faltaban. Recordó por qué le gustaba tanto aquel cuadernillo de imágenes y las cosas que imaginaba mirándolo cuando tan solo era un pequeño. Pensaba

que quería viajar a todos esos países, a cualquier con tal de no tener que permanecer en su casa. Cerraba los ojos y viajaba a Egipto, entraba en las pirámides y descubría sus misterios. Luego, conocía la capital de Italia y prácticamente podía ver a los gladiadores en el coliseo romano. Después pensaba en ir a México, a las ruinas de la cultura Maya y ver los artefactos que allí se exhibían.

Pero tenía que abrir los ojos y se veía de nuevo asustado en su habitación decadente, entristecido por su condición, deseando crecer inmediatamente para poder escapar de aquella casa. Ahora, sentía compasión por aquel niño que un día fue y aunque agradecía ya no estar en esa situación, sentía que algo de sí mismo había muerto en ese lugar. Lo que había muerto era su inocencia, su niñez, sus ilusiones.

Encontró también en esa caja, una fotografía de sus padres en el día de su boda. Se veían sonrientes. Era notorio que tenían una situación económica difícil pero en sus ojos se observaba un atisbo de esperanza por el futuro. Se preguntaba con amargura qué les había pasado y no hallaba una respuesta y no estaba seguro si quería conocerla, de todas maneras pensaba que aquello no era posible. Conocer cómo terminaron sus padres, le hacía temer intensamente la suerte que podía correr si elegía una vida en pareja.

Buscando un poco más, encontró otra fotografía; en ella aparecía él junto a su pequeña hermana, sonriente. Estaban en el patio de la casa. Se acordaba con claridad, cuáles eran las circunstancias que había llevado a tomar esa imagen. Su abuela materna le había pedido a su madre que le enviara una fotografía de sus hijos, lo había hecho de manera insistente, hasta que ella no tuvo más remedio que hacerlo.

Su madre los llevó al patio y les pidió que sonrieran, de una manera poco amable. Dayana comenzó a llorar al ver la molestia de su madre,

entonces ella gritaba sin cesar. Él habló con la pequeña, le dijo que no sonriera por su madre, que lo hiciera por ellos dos; para que cuando vieran esa fotografías muchos años después, pudieran ver algo lindo. Ella se fue calmando de a poco, y dentro de su inocencia infantil, entendió lo que quería decirle su hermano y finalmente encontró el motivo para sonreír.

Debido a esa fotografía, su deseo de encontrarla se avivó enormemente. Quería cumplir esa promesa que había hecho hacía tantos años atrás. Sonrió brevemente ante la posibilidad de sentarse con ella a ver aquella fotografía en la que se encontraban juntos a pensar de tantas adversidades e injusticias. Todo aquello habría valido la pena si ella ahora se encontraba bien.

Un poco más al fondo, encontró una pequeña foto que le había tomado como requisito para inscribirla en la escuela. Finalmente no la inscribieron, porque su tía se la llevó antes de eso. Era la imagen más reciente que él poseía de ella. En esta no se le veía sonriente como en la anterior. Estaba seria y con los ojos ligeramente llorosos, él no había asistido al estudio de fotografía pero se imaginaba cómo había sido la situación.

Esa era la fotografía que le mostraría al detective privado, aunque no sabía cómo podría ayudar en la búsqueda después de tantos años. Seguramente ella nada tendría que ver ya con aquella imagen; pero era prácticamente lo único concreto que tenía para ofrecerle. En ese mismo cofre, encontró un creyón de color verde que le había regalado Fabiana un día.

Él estaba pintando un dibujo que había hecho pero alguien había tomado su color verde y ahora lo necesitaba; pero él era incapaz de reclamar la pérdida de su creyón. Así que se encontraba en silencio, frente a su dibujo, tratando de deducir cómo podría terminarlo sin ese color. Cuando decidió que haría una mezcla entre amarillo y azul, Fabiana se acercó a él y le entregó su creyón verde. Él ni siquiera se había dado cuenta que ella lo estaba

observando, sintió un poco de vergüenza pero recibió aquel creyón con alegría.

Él uso el regalo de Fabiana en aquella ocasión, cuando terminó se acercó a ella para devolvérselo pero ella le indicó que era un regalo y que se lo podía quedar. Una emoción tierna lo invadió y se sonrojó, así que le agradeció el gesto y de manera inmediata regresó a su asiento antes de que ella se diera cuenta. Él pasó el resto del día observándola a lo lejos. Admirado por la belleza y la espontaneidad al hablar que ella lucía en todo momento.

Después de aquella ocasión, él usaba muy poco el color verde; ya que no quería correr el riesgo de que acabar con el creyón pues quería conservarlo como recuerdo de ella, tal y cómo efectivamente lo había hecho. De niño, siempre lo llevaba consigo, junto con el resto de los demás creyones pero no lo usaba; prefería mezclar los colores azul y amarillo para crear el tono de verde que necesitaba. Sólo lo usaba para colorear algo que considerara especial o si sabía que ella lo estaba viendo, para que no pensara que no había sido de su agrado.

Ahora se daba cuenta que ella tenía una capacidad de observación y comprensión inigualables; pues aunque él no hubiese dicho nada de su creyón, ella notó que no lo tenía y que en ese momento le hacía falta. No sólo eso, sino que tuvo la iniciativa de acercarse y ofrecérselo, justamente como ahora cuando trataba de ayudarlo aunque él no estuviese en realidad buscando ayuda a pesar de necesitarla. Quizás para ella era muy fácil leerlo a él o él se dejaba leer por ella con facilidad, no estaba claro.

También tenía guardadas aun las llaves de la casa donde vivía con su familia. Eran apenas dos llaves, una de la puerta de entrada y otra de su habitación; que no tenía más nadie en la casa pues él se había encargado de botarlas por si en algún momento él se veía en la necesidad de encerrarse, así

nadie podría entrar. Sin embargo, esto no fue un obstáculo para su padre, pues la última vez que lo golpeó, Diego se había encerrado en su habitación y él había roto la cerradura de un solo golpe para poder llegar al niño.

Se preguntaba si aquella casa aún seguía en pie o qué había sido de ella. Después que Diego se fue, nunca más tuvo el interés de regresar; todo lo contrario, se alejó cuanto más pudo del lugar. Jamás regresó a visitar a su madre, ni siquiera volvió de nuevo cuando supo, por boca de su madre adoptiva, que ella había fallecido. Su muerte no fue inesperada para él, él sentía que en realidad se había tardado en llegar dada la vida que llevaba. No le alegró, por supuesto; pero la pena que sintió no fue por la muerte, sino por la vida que llevó.

VI

- Buenos días. Ya vamos en camino a tu casa. Nos vemos en unos minutos. –Diego recibió un mensaje de parte de Fabiana.
- Buenos días. Muy bien. Los estoy esperando.

Durante la noche Diego intentó dormir. Se acostó aproximadamente a las once de la noche con la firme intención de descansar. De hecho, el agotamiento que había acumulado por los recuerdos agolpados en su mente lo había obligado a caer en inconsciencia. Sin embargo, algo que no podía recordar lo había despertado sobresaltado. Entonces trató de volver a cerrar los ojos pero la imagen de su hermana pequeña llorando se apoderó de su mente y no fue capaz de expulsarla.

Se levantó y la dibujó, pero no llorando; trató de modificar su estado de ánimo con su imaginación. Después de un rato la tenía lista, en su dibujo estaba sonriente, con un brillo hermoso en los ojos, con gestos de felicidad; la visualizó y trató de fijar esa imagen en su mente. Así que pensó que quizás aquello lo ayudaría y regresó a la cama. Pero no obtuvo ningún resultado

positivo. Muchas preguntas acerca de ella venían a su mente, se sentía muy ansioso y temeroso de saber noticias de ella. Sabía que la investigación del detective podría durar meses o quizás año, pero aquel era el primer paso y era difícil de dar.

- Anoche no dormiste. –le dijo su hermano encontrándose con Diego para el desayuno.
- No.
- ¿Qué sucede?, ¿tuviste pesadillas?
- No. Hoy me reuniré con un detective y estoy algo nervioso. –le confesó Diego.
- ¿Un detective? –le preguntó César sin entender.
- Sí, voy a pedirle que busque a Dayana. –le dijo él sin alzar la mirada.
- Eso me contenta. –le dijo él con sinceridad, sin la ironía que lo caracterizaba.

No dijeron más al respecto. Comieron uno frente al otro. Eso a Diego no le molestaba; al contrario, sentía que de una forma silenciosa su hermano le decía que lo apoyaba en aquella decisión y que sabía lo difícil que era para él tomarla. César terminó de comer y recogió los platos para lavarlos él, cosa que tampoco hacía con frecuencia; era su manera de demostrarle solidaridad ante el momento difícil que atravesaba, y Diego de una manera también silenciosa le agradecía.

Aunque no eran hermanos de sangre, ya se conocían tan bien que nadie podría dudar de que fueran hermanos. A través del tiempo se había creado entre ellos una complicidad implícita tal que ya ni siquiera eran necesarias las palabras para expresar ciertas cosas. Como Diego no tenía el don de la palabra, se sentía sumamente cómo con su hermano; se acompañaban en

silencio. No se estorbaban y a la vez se sentía acompañados.

- Deberías invitar a Fabiana a nuestro almuerzo con mamá. –le dijo de pronto mientras lavaba los platos.
- ¿Tú crees?
- Sí. Notará que eres feliz cuando estás con ella y se va a sentir más tranquila –afirmó su hermano.
- Ella y yo no estamos juntos.
- Lo sé, pero de todas maneras te cambia el estado de ánimo. –le dijo su hermano que lo conocía muy bien.

Era cierto, Dayana le cambiaba el estado de ánimo, la perspectiva de las cosas, la energía. Tal vez no era mala idea invitarla, su madre muchas veces le había preguntado por ella y se alegraría de volver a verla. Pero a Diego le daba un poco de temor que su madre o César dijeran algo imprudente delante de ella. De todas maneras era cierto que la idea le parecía emocionante.

El timbre de la entrada sonó dos veces, Diego sabía que se trataba de ella acompañada por el detective, por lo que su corazón se detuvo durante unos segundos; produciéndole un frío desagradable en el pecho. Caminó intentando llevar un ritmo natural, pues no sabía si quería apurarse para ver a Fabiana o si prefería detenerse para no encontrarse con el detective.

- Hola. Buenos días. –dijo abriendo la puerta.
- Hola Diego. –le dijo ella con ánimo, dándole un beso en la mejilla.
- Pasen adelante, por favor. –les dijo él.
- Gracias. –dijeron al unísono.
- Siéntense. ¿Qué les puedo ofrecer? –les preguntó Diego un poco tenso.

- Café, ¿puede ser? –dijo ella.
- Café estaría bien. –dijo el detective.
- Ya regreso.

Diego entró a la cocina a preparar el café, sus manos temblaban un poco así que él respiraba profundo para calmarse. se repetía a sí mismo que todo estaría bien, solo tenía que dejar que las cosas fluyeran. Recordaba una frase que su madre adoptiva le decía “todo pasa”, ella le había contado una historia que justificaba aquella frase pero él no la recordaba, lo que sí venía a su memoria era ese enunciado que se repetía cuando se veía en una situación que le producía nervios.

- Gracias. –le dijo Fabiana recibiendo la taza de café.
- Muchas gracias. –le dijo el hombre sentado en su sofá.
- De nada. Espero que sea de su agrado. –intentó ser simpático Diego.
- Diego, él es Ricardo Torres; es un detective que me recomendó una amiga. Pienso que es la persona que te puede ayudar con tu situación familiar.
- Es un placer. –le dijo Diego viéndolo a los ojos.
- El placer es mío. De verdad espero poder ayudarlo.
- Yo le estuve comentando un poco lo de tu hermana pero no sé mucho en realidad. Así que lo mejor es que tú le des los detalles pertinentes. –apuntó ella.
- Sí, claro que sí.
- ¿Cuándo fue la última vez que usted vio a su hermana? –le preguntó Ricardo.
- La vi hacer dieciocho años. Justo antes de irme a la escuela aquella mañana. Ella aun dormía. –le contó él.
- ¿Después de eso no tuvo noticias de ella?

- No. Nunca supe nada más de ella, por lo menos no de manera directa. En realidad, mi madre me dijo que mi tía Martha había venido de visita y se la había llevado de manera arbitraria. –le dijo Diego.
- No entiendo muy bien. ¿Por qué su madre permitiría algo como eso?
- Mi madre no era exactamente una persona muy responsable. No llevábamos una buena vida de pequeños. No vivíamos en las mejores condiciones.
- ¿Entonces era posible que su tía tomara esta decisión? –le preguntó él.
- En teoría sí.
- ¿Y por qué lo dejó a usted?
- No lo sé. Yo estaba en la escuela cuando aquello sucedió y mi madre no me dio detalles al respecto. Yo pensé que había sido bueno que se la llevara aunque me dolía separarme de ella y deseaba haber podido salir también de aquello.
- ¿Cuál es el apellido de esta tía? –le preguntó el detective esperando la respuesta para tomar nota.
- Jiménez, si mal no recuerdo. Era hermana de mi madre pero solo de parte materna. Era menos que ella, nos había visitado en pocas ocasiones pero siempre fue muy cariñosa con nosotros. –le contó él.
- ¿Ella vivía en esta ciudad?
- No, ella vivía en Salamanca. –le respondió Diego.
- Entiendo. ¿Usted intentó contactarla?
- De pequeño era imposible, no tenía acceso a su número telefónico ni a nada que me conectara con ella en realidad, pues mi abuela ya había muerto para entonces. Con el pasar de los años, las

busqué en las redes sociales como haría cualquiera pero no tuve éxito.

- Vale. –le dijo mientras hacía anotaciones.

- ¿Cree que tengamos alguna oportunidad de encontrarla? –le preguntó Diego.

- La posibilidad es remota pero no es imposible. Seguramente tendré que salir de la ciudad y hacer unas cuantas llamadas.

- Entiendo. –dijo Diego.

- Me gustaría que anotara acá todos los nombres de sus familiares más cercanos junto con sus números telefónicos y dirección, si la conoce. Si recuerda la fecha exacta cuando esto ocurrió sería de gran ayuda, o por lo menos aproximada.

- Intentaré recordar todo lo posible. –se comprometió Diego.

- Fue el trece de febrero del noventa y nueve. –dijo Fabiana y ambos la miraron extrañados por la precisión.

- ¿Cómo puedes saber eso? –le preguntó Diego impresionado.

- Es que recuerdo que el catorce era día de la amistad y la profesora nos hizo hacer unas cartas para entregárselas a nuestros amigos. Yo me acerqué a ti para entregarte una y te vi muy triste, casi llorando. Te pregunté qué te sucedía y me dijiste que tu tía se había llevado a tu hermana y que creías que nunca más volverías a verla. Yo te prometí que sí la verías de nuevo. –contó ella con la voz quebrantada.

- No se imaginan lo importante de ese dato. Quizás sea lo mejor que tenemos aquí. –dijo el investigador satisfecho ante la información recopilada.

- No puedo creer que te acuerdes de eso. Muchas gracias. –le dijo Diego.

- No tienes que agradecerme. Yo aún no he olvidado mi promesa. –le dijo ella con una pequeña sonrisa.

Diego anotó todo lo que Ricardo le había pedido y le entregó la libreta de regreso. Él se despidió rápidamente después de hacer otras preguntas sencillas de rigor y llevarse una imagen digitalizada de la antigua fotografía de Dayana, quedó comprometido en comunicarse pronto con él para reportar cómo avanzaba la investigación. Fabiana decidió quedarse un rato más con Diego.

- ¿Cómo te sientes? –le preguntó ella una vez que quedaron los dos solos en la sala.
- Estoy sorprendido.
- ¿Por qué? –le preguntó ella.
- Primero que nada porque no fue tan difícil como pensé que sería; tú sabes, hablar de algo tan privado con alguien completamente desconocido. Y segundo, porque no me imaginaba que tú te acordarías de algo así, de hecho creo que yo mismo había olvidado ese episodio si no fuera porque lo mencionaste, y entonces lo pude recordar. –le dijo él aún conmovido.
- Bueno, es que me tomó muy en serio mis promesas. –le dijo ella sonriendo.
- No te imaginas cuánto te lo agradezco. Esa información puede que sea la más valiosa para que él encuentre algo relacionado con mi hermana y fue gracias a ti. –le expresó él.
- No sé qué decirte. Espero que realmente si sea útil en la búsqueda. Yo misma no sabía que conocía la fecha exacta, fue hablando que lo recordé. –le explicó ella.
- Pues que bueno.
- Me alegra serte de ayuda. –le dijo ella.

- A mí me alegra que hayas regresado.
- No sabes lo importante que es para mí que alguien me diga eso. – lo miró a los ojos.
- Espero encontrar la manera algún día de agradecerte esto que estás haciendo por mí.
- No lo hago para que me lo agradezcas. Lo hago porque te aprecio y creo que mereces que algo muy bueno te pase.
- Esa es una de las cosas más hermosas que alguien me ha dicho en la vida. –le dijo él riendo.
- No te creo.
- Cambiando el tema. ¿Ya te llamaron del casting? –le preguntó él.
- La verdad es que no. –le dijo ella con cierto gesto de decepción.
- Entonces esa gente no tiene buen criterio. No te preocupes, cosas buenas vendrán para ti muy pronto.
- Eso espero y que sea pronto. In no fuera por ti y por mis clases de oratoria, moriría de aburrimiento. –le dijo ella.
- ¿Y Julio? –le preguntó él con cierta incomodidad.
- Claro, también está él; pero trabaja mucho.
- Entiendo. ¿Quieres ver cómo voy con mi trabajo? –le preguntó él.
- ¡Sí, me encantaría! –exclamó ella.

Ambos fueron al taller y él le mostró sus avances en los cuadros en los que estaba trabajando, también le mostró el dibujo que había hecho de su hermana aquella noche debido al insomnio. Ella en repetidas ocasiones le dijo que admiraba mucho el talento que tenía y él se sintió alabado al punto de sonrojarse.

Como ya era hora del almuerzo, Diego le propuso que se quedara a comer en casa. Él pediría que llevaran algo y podría comer allí. Ella accedió. César se les unió en el almuerzo y los tres conversaron de generalidades de

manera muy amena. César les contó en la trama del juego en el que estaba trabajando y ellos le dieron su opinión al respecto. Todo parecía tan natural.

Cuando ella estaba despidiéndose de Diego, le dijo que tenía su clase de oratoria. Él le preguntó si era posible que la acompañara pues quizás podría tomar algunos consejos para superar sus dificultades para hablar en público. Era cierto que él se caracterizaba por ello, pero también era verdad que él no tenía ningún interés o necesidad de superar aquello, lo que sí le interesaba era pasar más tiempo con ella. Sin embargo a ella le pareció buena idea así que le dijo que la acompañara y ella hablaría con el profesor.

Así que se llevó consigo a Diego a la facultad de humanidades, a su curso de oratoria. El profesor no tuvo inconveniente en recibirlo y de hecho intentó incluirlo en las diversas actividades que hicieron durante la clase. Diego tuvo que hablar frente a Fabiana y sus compañeros, lo que lo hizo sudar pero había valido para pena de sobra por poder pasar el rato con ella. Antes de que ella lo dejara de regreso en su casa, él le propuso pasar por un helado y ella accedió.

- ¿Qué harás el sábado? –le preguntó Diego entregándole un cono con helado de mantecado.
- Hasta donde tengo entendido no tengo ningún compromiso ese día. –le dijo ella.
- Yo tendré un almuerzo con mi mamá y mi hermano. Me gustaría que nos acompañaras. –le dijo él con un como de temor.
- Pero es un asunto familiar, me da un poco de vergüenza. Siento que podría estorbar.
- No, para anda. Mamá me ha preguntado mucho por ti durante estos años, y pensé que sería lindo que te viera de nuevo. Te recuerda con mucho cariño.

- Es que la señora Emilia siempre fue tan noble y amable. –dijo ella.
- Es cierto. ¿No quieres venir? –le insistió él.
- Pues si es como tú dices sí. Me encantaría ir. –le dijo ella con una amplia sonrisa.
- Excelente. Estoy seguro que ella se va a contentar mucho por la noticia. –le aseguró él.

En silencio, le agradecía aquella idea a su hermano pues era una nueva oportunidad para pasar tiempo con ella. Cada ocasión que podía compartir con ella para él era un valioso regalo. Cada minuto que estaba a su lado era un minuto que valía la pena vivir. Y justamente los minutos de ese día habían sido los mejores de todos, pues ella le había demostrado sin querer, o queriendo, que él era importante para ella. Pues esa era la única explicación para que tuviera recuerdos tan remotos que lo involucraran a él. Aquel había sido un día de esos memorables.

VII

El resto de los días que siguieron a su encuentro con el detective y con Fabiana, fueron los más productivos en cuanto a su obra. Se sentía animado al dibujar y al pintar, las ideas brotaban con facilidad y nada lo desconcentraba. No sólo eso sino que además también había podido dormir por las noches sin ningún contratiempo. Pensaba que se encontraba en su mejor momento hasta ahora.

Un día antes del almuerzo con su madre, Diego fue al mercado a comprar el té que le gustaba a su madre, tal y como había quedado con su hermano. Compró además dos botellas de vino que su madre le había enseñado que nunca estaban de más en el caso de ir a un almuerzo o cena con alguien. A la vez aprovechó la oportunidad para comprar algunas provisiones

para su casa.

- Hola Diego. ¿Qué tal?, ¿a qué hora nos encontramos mañana para el almuerzo con tu mamá? –le escribió Fabiana al final de la tarde.
- Hola Fabi. Puedo pasar por ti como a las doce y media. ¿Te parece? No es necesario que vayamos en coches separados. –le propuso él.
- Está bien. Me parece perfecto. ¿Qué llevo? –le preguntó ella.
- Tranquila, todo está cubierto.
- Le llevaré algo a tu mamá, no quiero llegar con las manos vacías.
- Como sea de tu gusto. –le dijo él.

Al siguiente día, desde temprano Diego estaba caminando de aquí para allá y de allá para acá. César sabía del porqué de la inquietud de su hermano y le causaba muchas gracias. Durante varios días, Diego le había pedido de todas las maneras posibles que no fuera a decir nada que lo dejara en ridículo delante de Fabiana. Y ahora, llegado el día continuaba inseguro al respecto.

- Ya, cálmate. –le dijo después de la quinta vez que lo vio pasar por enfrente de su habitación.

Diego tuvo que ducharse dos veces, pues después de la primera se había derramado encima un juego que intentaba beber. Mientras se duchaba por segunda vez se refunfuñaba a sí mismo por su torpeza selectiva en los momentos más intensos. Al salir del baño, sentía que se le estaba haciendo tarde. Le costó escoger el atuendo que utilizaría en aquella ocasión; no quería parecer demasiado formal ni tampoco descuidado con su imagen. Finalmente estuvo contento por cómo lucía y fue por César para ayudarlo a montarse en el coche.

- ¿Por fin listo, galán? –le preguntó su hermano.
- No molestes, fue tu idea. –le dijo él.

- Sí, pero admite que te gustó.
- Por favor, recuerda lo que te pedí.
- No te preocupes tío. No voy a arruinar tu oportunidad con ella, si es que tienes alguna.-le dijo César.

Como sucedía siempre, Diego intentó ayudar a su hermano a entrar al coche y este lo apartó. En lo único que le permitía ayudarlo era en colocar la silla de ruedas en la cajuela del coche, ya que eso sí era completamente imposible para él. A las doce en punto, Diego se encaminó a buscar a Fabiana, se guiaba con el GPS pues por primera vez iba a donde ella vivía.

- Ya llegué. –le escribió cuando pensó que ya estaba al frente del lugar y esperó que ella se encontrara con ellos.
- Te seré sincero. Los años le cayeron muy bien a Fabi. Está como quiere. Entiendo que te traiga loco. –le dijo César y antes de que su hermano pudiera decirle algo sintió unos toques en la ventanilla del coche.
- Hola chicos. ¿Qué tal? –les dijo ella entrando al coche.
- Hola Fabi. Todo bien. ¿Qué tal tú? –le dijo César.
- Muy bien.
- Estás sumamente hermosa el día de hoy. ¿Verdad Diego? –dijo César.
- Sí, siempre estás hermosa Fabi. –dijo él intentando disimular los nervios.
- Chicos están muy galantes hoy. Se los agradezco. –les dijo ella sonreída.

Durante el camino, hubo una conversación amena entre César y Fabiana en la que Diego intentó intervenir también de manera ocasional. El tráfico estaba un poco pesado pero ninguno parecía molestarse por ello.

Conversaron de la música que escuchaban, de vino, de películas y de otros temas banales. Diego notaba que su hermano quería darle celos. César siempre había sido mucho más exitoso que él con las mujeres, pero en realidad él tampoco había estado muy interesado en tantas mujeres como sí hermano. Y al mismo tiempo, no le causaba celos, no por el estado de César sino porque creía firmemente que Fabiana no era como las demás mujeres. Y de todas maneras, su hermano actuaba así para molestarlo y no en realidad porque estuviera interesado en ella.

- ¡Mis amores! Pasen, pasen; por favor. -les dijo su madre al abrir la puerta.
- Hola mamá. -ambos la saludaron con un beso en la mejilla.
- Fabiana, estas hecha toda una mujer hermosa. ¡Qué alegría verte!
-le dijo Emilia y la abrazó con emoción.
- Hola Doña Emilia. ¿Cómo le va? -Fabiana recibió el abrazo con agrado.
- Muy bien. Tengo dos grandes hombres por hijos. ¿Qué más puedo pedir?
- Es verdad. -le dijo Fabiana.
- ¿Cuándo regresaste?
- Hace poco más de un mes. Aún me estoy adaptando. -le contó ella.
- Me imagino. Aún recuerdo cuando eras tan solo una pequeña. Diego siempre te apreció mucho.
- Mamá te trajimos el té que tanto te gusta. Y unas botellas de vino. -la interrumpió Diego.
- Excelente hijo. Vamos a dejar eso en la cocina. Siéntate Fabi. ¿Qué te puedo ofrecer? Al almuerzo le faltan uno minutos. ¿Te apetece un zumo? -le dijo Emilia diligente.

- Sí, está bien. Acompáñame Dieguito.

Antes de pasar al almuerzo, los cuatro estuvieron conversando un poco en la sala. Aunque en realidad quienes tenían la palabra eran Emilia y Fabiana, mientras que Diego y César se limitaban a escuchar y a asentir cuando era necesario. Ambas eran de palabra fácil así que estaban muy entretenidas hablando de Francia y de sus maravillas; de las ganas de Emilia de volver un día a Paris, aunque ya no tuviera a su lado a su esposo.

- La comida debe estar lista. Voy a la cocina. Ustedes lleven a nuestra invitada al comedor. Ya los alcanzo. –les pidió ella.

Luego de que Diego acompañó a Fabiana al comedor y le ofreció la silla, se dirigió a la cocina a ayudar a su madre para traer la comida. Ella se lo agradeció. Entre los dos colocaron los alimentos en la mesa y Diego abrió una de las botellas de vino que había llevado y que ya se encontraba a la temperatura ideal.

- No saben cuánto me alegra que estemos reunidos aquí, sin ninguna razón especial más que por la dicha de estar unidos como familia y como amigos en el caso de nuestra querida Fabiana. Me gustaría hacer una oración de gracias, por favor tómese de las manos. –dijo Emilia extendiendo sus manos a los lados.

Al principio Diego se sintió un poco apenado porque tenía la impresión que aquello no era algo que acostumbraban en el hogar de Fabiana, pero después se dio cuenta que estaba tomándola de la mano y sintió una emoción indescriptible; un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. La mano de Fabiana era suave, delicada de contornos sofisticados. Eran las manos de una mujer que provocaba amar hasta el fin de la vida. Mientras todos tenían los ojos cerrados, escuchando la oración de su madre; Diego miraba a Fabiana, deseando poder perpetuar ese toque por siempre.

- Amén. –dijeron los demás.
- Espero que la comida sea de su agrado. Es una receta especial de mi mamá que siempre me gustó mucho. –les dijo Emilia.
- Bueno provecho. –dijo Diego.
- Buen provecho. –dijeron el resto también.

Enseguida, todos le dijeron a Emilia lo delicioso que estaba el almuerzo. Fabiana le insistió para que le diera la receta que estaban comiendo y Emilia se sintió muy orgullosa de lo logrado. Una vez finalizado el almuerzo, todos regresaron satisfechos al sofá, para seguir conversando, con una copa en la mano pues el vino también les había parecido extraordinario.

- Oye, Diego. ¿Puedes venir por mi mañana? Quiero quedarme esta noche acá con mamá. Hace tiempo que no estoy aquí y quiero disfrutarlo un poco más.
- Claro, no hay problema. Nosotros iremos entonces. –anunció Diego.
- Ha sido estupendo volver a verla Doña Emilia. Creo que podríamos reunirnos más seguido. En la próxima ocasión podría ser en mi casa. –propuso Fabiana.
- Eso sería estupendo Fabi. De todas maneras puedes venir cuando gustes, ni siquiera tienes que venir con ninguno de ellos; hasta tú sola eres bienvenida en esta casa.
- ¡Qué amable! Le agradezco mucho. Prometo venir a verla pronto.
- Espero que así sea. –le dijo y le dio un abrazo.

Diego le abrió la puerta del coche a Fabiana para que se montara, mientras ella se despedía a lo lejos agitando su mano derecha. Se montó en el coche y le dijo a Diego que no tenía ánimos de ir a casa aún, que si era posible que fueran a un lugar a seguir tomando un poco de vino pues había

quedado con ganas de un poco más. Él por supuesto accedió, fueron a un lugar dónde vendían ese mismo vino y condujeron hasta un lugar alto de la ciudad desde donde podía observar parte de ella mientras estaba oscureciendo. Fue Fabiana la que guio a Diego en esa dirección.

- Yo venía para acá cuando era adolescente y quería escapar de mis padres. En ese entonces me parecía que mis padres eran los peores, sobre todo cuando me dijeron que nos mudaríamos a Francia. Yo quise que todos pensaran que la idea me encantaba pero me parecía injusto que me llevaran justamente antes de terminar el instituto. Tenía ilusión de compartir ese momento con personas cercanas y queridas, pero nos fuimos y terminé la escuela en casa. Obtuve mi diploma, pero me llegó por correo. Luego dura un buen tiempo en clases para aprender francés. No fue sencillo, pero finalmente lo logré.

- Yo también pensé que mis padres eran los peores, la diferencia es que sí eran los peores. –dijo él y ambos se rieron a carcajadas de aquel chiste cruel que Diego acababa de decir de su propia vida.

- Tienes razón. Mis padres solo eran padres siendo padres. Cometían errores pero siempre intentaron hacer lo mejor para nosotros. Eso lo aprecio mucho. –dijo ella y le dio un gran trago a la botella que Diego acababa de destapar.

- Mis padres adoptivos fueron así. A veces hacían cosas que yo no entendía pero terminaban siendo por mi bien. Pero en cambio, mis padres reales... esos sí que son otra historia. –le dijo él con la mirada baja.

- Pues solo tengo fragmentos de esa historia pero me imagino cosas terribles. –le dijo ella.

- ¿Nunca te he contado cómo fue que terminé en la casa de mis padres adoptivos? –le preguntó él.

- No, nunca lo supe con exactitud.

- Pues una noche, mi padre llegó a casa muy ebrio. Mi madre le reclamó que había gastado todo el dinero que se había ganado en la construcción en alcohol y que no teníamos nada qué comer para el día siguiente. Entonces él se molestó mucho. Le dijo que ella no tenía moral para reclamarle nada cuando no trabajaba y se pasaba más tiempo inconsciente que en el mundo real. Estaba peleando muy fuerte y él comenzó a golpear de una manera que yo antes no había visto. Era terrible, pensé que la iba a matar. Entonces salí corriendo a su habitación y tomé un bate que él tenía allí como arma por si sucedía algo en casa. Regresé a la cocina y lo golpeé en la espalda con el bate. Él cayó muy adolorido, gritando con una gran ira. Mi madre me gritó, yo solté el bate y salí corriendo. Corrí y corrí, era muy tarde, estaba oscuro y yo no dejaba de correr. Quería huir y no regresar jamás. .le confesó él.

- ¿Entonces llegaste a casa de los Escalona? –le preguntó ella.

- No. Eso es sólo la primera parte de lo que sucedió. Unos policías me interceptaron pues les parecía extraño un niño corriendo solo por la calle a esas horas de la noche. Me preguntaron qué había pasado y yo no les quería decir, hasta que no me quedó más remedio que

contarles todo lo que había ocurrido en casa. Me montaron en la patrulla y me pidieron que los llevara a mi casa. Cuando llegamos. Mi madre abrió la puerta, de manera disimulada les agradeció a los oficiales por haberme llegado a casa e intentó cerrar la puerta rápidamente para que no vieran los graves golpes que tenía por todas partes. Pero ellos no lo permitieron. Le dijeron que necesitaban hablar con ella y pasaron. Le preguntaron por qué estaba golpeada y ella inventó algo de una caída. Le preguntaron por mi padre y ella les dijo que estaba acostado pues había llegado muy cansado del trabajo. Ellos le pidieron a mi madre que lo llamara pues tenían que conversar con él, con la excusa de que yo era un niño y no podía estar solo a esas horas por las calles. Ella no quería obedecer pero ellos insistieron. Cuando mi padre, llegó a la sala se le notaba adolorido y con una gran cólera en los ojos en mi contra. Los oficiales comenzaron a interrogarlo y al verse acorralado por ellos se puso muy violento. Terminaron metiendo en la patrulla y pidiéndole a mi madre que los acompañara. Todos terminamos en la comisaria aquella noche. Mi padre presa, mi madre siendo revisada por un forense especialista en violencia contra la mujer y yo allí, porque no tenía con quien quedarme en casa. Ya estando allí, me preguntaron si mi padre me golpeaba y yo les dije la verdad, que golpeaba mucho a mi madre y a veces me lo había hecho a mí por defenderla.

- Hiciste bien. –le dijo ella.

- Eso creí yo. A mi padre lo declararon inmediatamente culpable por violencia familiar y violencia en contra de la mujer. Mamá estaba llena de furia en mi contra a veces, y en otras ocasiones estaba muy deprimida. Ella me culpaba a mí por haberle contado todo a la policía. Si antes no teníamos mucho que comer ahora no teníamos

absolutamente nada pues ya mi padre no estaba. Aquellos fueron los peores días de mi vida. La maestra de la escuela se dio cuenta que yo estaba mal nutrido, deprimido, más alejado de los demás niños, en fin; ya ni siquiera quería dibujar. Así que acudió al instituto de defensa del menor y como había un precedente de violencia en la familia, un trabajador social fue a la casa. Al ver las condiciones en las que vivíamos, le quitaron mi custodia. Estuve unos días en ese instituto y rápidamente me encontraron un lugar de acogida. Era la familia Escalona. Después de pocos meses pidieron quedarse conmigo. No sé por qué y les permitieron adoptarme de manera formal. –le contó él mientras bebía de la botella de vino y miraba al horizonte.

- Al final tuviste suerte. –le dijo ella acariciando su brazo en gesto de consuelo.

- Es cierto. –le dijo mirando la manos de ella en su brazo.

VIII

Diego estaba mucho más pensativo de lo normal. Sentía que Fabiana y él había tenido un momento especial y eso le encantaba, pero de un instante a otro ella cambió un poco y le dijo que tenía que irse. Durante el camino de regreso a su casa estuvo callada y al llegar se despidió de manera rápida y esquiva. Él no comprendía muy bien qué había sucedido, pero tenía la hipótesis de que ella también había sentido algo, al igual que él; y había tenido miedo, pues estaba con alguien más.

Él trataba de no hacerse ilusiones con esa idea pero era la explicación más lógica que encontraba a lo que había sucedido en esa ocasión. Así que él seguiría intentando acercarse a ella, aunque las esperanzas fueran pocas; pues bien valía la pena esperar o por lo menos poder disfrutar de su amistad, si es

que era lo único que podía obtener de ella.

En la tarde del día domingo, Diego fue a casa de su madre a buscar a su hermano; tal y como él se lo había solicitado al llegar, se sentó un rato al lado de él a ver el partido de fútbol que estaban pasando. Tanto César como su mamá estaban inusualmente silenciosos y lo miraban con expectación, lo que le causó suspicacia a Diego, pero prefirió no decir nada y esperar.

- Bien, tú me dices cuando nos vamos. –le dijo a su hermano una vez que culminó el juego.
- Un momento, ustedes no se va hasta que me cuentes cómo te fue con Fabiana. –le advirtió su madre.
- ¿Cómo que cómo me fue con Fabiana?
- Ah porque ustedes creen que yo soy tonta. Tu hermano se quedó aquí para que tú te quedaras solo con ella; así que me vas a contar todo. –le ordenó ella.
- César... -dijo Diego.
- La doña tiene razón. Así que cuéntanos. –le dijo su hermano.

A Diego le hizo gracias aquella ocurrencia y no pudo resistir a la tentación de contarles lo que había pasado y que ellos le dieran su opinión; a ver si coincidía con la de él. Ellos escucharon con atención y lo que les contaba Diego, exigiéndole detalles concretos de las miradas, las palabras y los acercamientos. Él intentó ser lo más explícito posible a pesar de la vergüenza que sentía.

- Y no entiendo qué pasó. Se puso un poco extraña conmigo. – terminó diciendo él.
- Está claro que esa mujer está confundida, hijo. Yo creo que te quiere tanto como tú a ella, pero como está comprometida con ese tal Julio y es una mujer decente; intenta mantener la compostura.

- Yo lo que creo es que perdiste tu mejor oportunidad. –le dijo César con seriedad.
- ¡Hijo! No le digas eso. Tu hermano no es ningún depredador sexual. Él no quiere a Fabiana por un ratico, es está enamorado de ella y lo que lo mejor que puede hacer es actuar con paciencia y delicadeza.
- El tipo se la va a queda Diego. Escúchame. –le dijo César mirándolo directamente a los ojos.
- Oigan. Ustedes son mi familia, no les voy a mentir. Sí tengo sentimientos hacia ella, desde siempre y ahora son más fuertes que antes, pero tengo que comprender que ella está con alguien. Ella lo eligió ya. Yo sólo puedo aspirar a ser su buen amigo. Y no me siento mal por ello, si tiene que ser así yo lo asumo.
- Hijo, mientras ella no esté casada con ese hombre tú tienes oportunidad. –le dijo ella.
- Mamá, es su novio. ¿Te gustaría que me metiera en una relación? –le preguntó él.
- No se trata de meterse. Si tú la amas y resulta que ella también te ama, no hace nada con ese otro hombre. Tiene que estar contigo.
- Si me amara no estuviera con él mamá. –le dijo Diego y le dolió escucharse a sí mismo diciendo esas palabras.
- Está confundida, eso es todo. Dale tiempo.
- Está vez estoy de acuerdo con Diego. –sentenció César.
- ¿Entonces, nos vamos? –preguntó Diego.
- Sí. –respondió su hermano.
- Cuídense hijos. Recuerden que los amo con todo mi corazón. –le dijo y les dio dos besos y un abrazo a cada uno.

De regreso, César estaba muy hablador, le contaba a su hermano de una

idea que se la había ocurrido recientemente para un nuevo juego de video; era una idea un tanto descabellada como la mayoría de las que se le ocurrían a él, pero siempre las hacía funcionar así que Diego no dudaba de que iba a tener éxito también con ese juego que se proponía diseñar. Sin embargo, Diego no lo escuchaba con mucha atención.

- Oye, todo va a estar bien. Aunque no la conquistes. Ella te hace sentir vivo y al final eso es lo que realmente importa. –le dijo su hermano antes de irse a su habitación.

Diego caía en cuenta de que lo que le decía su hermano era cierto, en el fondo lo sabía y era a lo que se aferraba; sin embargo, no podía evitar que su corazón fuera pretencioso y deseara más de ella, más de lo que ella era capaz de hacerle sentir con apenas un roce de sus manos. Para él era difícil, decirle a su cuerpo que dejara de desearla con tanto ímpetu. Su razón le decía que fuera feliz con su amistad, pero él resto gritaba por mucho más.

Esa noche trabajó un par de horas en su taller, de tal manera de poder dejar de pensar un poco en todo aquello. Sin duda que ella lo hacía sentir vivo y eso se notaba en sus obras. No sólo las imágenes eran distintas, lo eran también los tonos, el brillo, la disposición de las líneas y todo en realidad. Había avanzado de manera satisfactoria aquella noche así que se fue a descansar a su cama, pidiendo que esa fuera una de esas noches escasas en las que lograba dormir plácidamente. Encendió el televisor y vio un canal de noticias hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, lo despertó el sonido de un mensaje en su móvil. Se dio cuenta que aunque no recordaba había apagado el televisor y había dormido muy bien, como no era usual. Tomó su móvil y vio que el mensaje era de Ricardo Torres, el detective privado que había contratado para buscar información acerca de su hermana. Él sintió un fuerte palpitar en su

pecho y respiró profundo antes de abrir el mensaje para leerlo.

- Buenos días Diego. Tengo información que puede interesarte acerca de tu hermana. ¿Podemos encontrarnos el día de hoy? –él le escribió.
- Sí, claro que sí. Dime dónde y a qué hora. –le escribió él de manera inmediata.

Diego se levantó de la cama como si un balde de agua fría le hubiese caído encima de manera inesperada. No podía soltar el móvil ni quitarle la mirada de encima, necesitaba que sonara de una vez. Sentía que estaba a punto de tener un ataque de pánico en ese mismo instante. Pensó en llamarlo para poder concretar de manera inmediata su encuentro, pero hizo lo posible por calmarse y esperar un poco. Entonces, volvió a sonar.

- En una hora en la cafetería cercana a su residencia. –le dijo el detective.
- Sí, perfecto. Nos vemos allá. –respondió él.
- Vale.

Él inmediatamente entró en el baño para darse una ducha de agua tibia para calmar un poco los nervios. Se metió bajo el agua y cerró los ojos. A su mente vinieron mil imágenes de Dayana en tan solo unos segundos. No tenía idea de qué era lo que aquel hombre iba a decirle. Sólo imaginaba que podría haber dos posibilidades, que le dijera que pronto podría encontrarse con ella o que le informara que su rastro se había perdido para siempre y tenía que resignarse.

Al salir de la ducha, aún faltaban cuarenta minutos para la hora pautada. Pensó que podría prepararse algo para comer antes de salir y de esa manera podría esperar un tiempo prudente para salir, pero sintió que no tenía estómago para comer en ese preciso instante. Así que prefirió ir rumbo a la

cafetería caminando, quedaba a unas cinco cuadras. Él empezó a caminar rápido, pero se dio cuenta que debía hacer un poco de tiempo así que intentó disminuir su paso.

Sin embargo, llegó a la cafetería con veinticinco minutos de anticipación. Así que se sentó en una mesa, pidió desayuno y se obligó a comer un poco. Cuando iba por la segunda taza de café comenzaba a sentirse impaciente pues ya era la hora pautada. No podía evitar ver de manera compulsiva el reloj y mirar a los lados buscando al hombre que esperaba. Se le notaba nervioso a leguas de distancia.

- Buenos días Diego. –le dijo Ricardo acercándose a él en un descuido.
- Buenos días, no te vi venir.
- Por eso me pagan. –le dijo intentando romper un poco el hielo aunque Diego no lo captó.
- ¿Quieres algo? –le preguntó él.
- Un café estaría bien. –le respondió.
- Un café para el amigo por favor. –le señaló Diego al mesero.
- Bien, imagino que estará ansioso por conocer la información que pude recabar.
- Sí, estoy muy ansioso a decir verdad. He esperado por eso más de la mitad de mi vida. –le dijo Diego.
- Lo sé. Gracias a la información que me dio la señorita Fabiana, pude encontrar el rastro de su tía. Usted no la encontró porque ella poco tiempo después de que vino se casó y cambió su apellido. El apellido de Dayana también cambió, ya que ella y su esposo la adoptaron de manera formal. De hecho, sus padres firmaron los papeles de adopción. –le informó el detective.
- ¿Eso quiere decir que ella está bien?

- Está perfectamente bien. Aún vive en Salamanca y está casada. No tiene hijos aún y podemos comunicarnos con ella cuando usted lo desee. Logré ubicar su número telefónico. –le dijo él y le ofreció una tarjeta.
- ¿Tú estás seguro que es ella?
- Diego, es ella. Estoy completamente seguro. De todas maneras tú mismo podrás confirmarlo cuando hablen y se vean. Tu tía aún vive, también tengo el número de ella.
- No lo puedo creer. –dijo Diego a punto de llorar.
- Aunque no lo creas, estoy muy feliz de poder hacer esto que estoy haciendo hoy. Muy poca veces los casos resultan terminar tan bien. No creas que fue fácil, tuve que mover muchas piezas; pero lo importante es el resultado.
- ¿Cuál es el apellido de ellas? –le preguntó Diego.
- Ahora se apellidan Marrero. –le respondió él, tomando el café que le había traído hacía un momento atrás.
- Ricardo, no sé cómo agradecerte. –le dijo Diego, como quitándose un gran peso de sus hombros, pues su hermana se encontraba bien.
- Es mi trabajo Diego, y cuando las cosas salen así; entiendo por qué hago lo que hago.
- Ahora, se me ocurre algo. Antes no pensé en que querría esto pero creo que es importante para cerrar este ciclo de mi vida. Me gustaría obtener información de mi padre. No quiero comunicarme con él, sólo saber de él. –le dijo Diego.
- Claro. Anótame acá todo lo que sepas de él. –le dijo Ricardo y le entregó su libreta.

Mientras terminaban de tomarse el café, Diego anotó lo que él le pidió

en aquella libreta. Luego, vio la tarjeta que le había entregado, con la mirada lleva de esperanza y la emoción a flor de piel. Ricardo se levantó, le dio la mano a Diego y se retiró; asegurándole que pronto tendría noticias de él. Él se quedó sentado allí, pensativo. Analizando si llamar ahora mismo o esperar un poco para estar un poco más estable emocionalmente; pues en ese momento se sentía superado por las sensaciones.

- Hola, Fabiana. ¿Cómo estás? –le escribió Diego.
- Hola. Muy bien, ¿y tú? –le preguntó ella.
- Bien. ¿Tienes un poco de tiempo para que nos encontremos?
- Sí, claro. ¿Pasó algo?
- Sí, pero nada malo. Al contrario, y quiero contártelo a ti. –le escribió él.
- Voy para tu casa. –le dijo ella.
- Está bien.

Diego regresó caminando a su casa, ahora todo lucía distinto, mucho más agradable y vivaz; se sentía un poco mareado por la emoción que lo embargaba. Llegó a la casa y le pareció extraño no encontrar a César. Supuso que estaría en algún tipo de reunión con la empresa para la que trabajaba. No sabía bien que hacer, se sentaba en el sofá, se levantaba, iba a la cocina, entraba en el taller, pero no encontraba acomodo en ningún lugar; nunca antes había tenido una sensación similar a esa. Entonces, sonó el timbre, era obvio de quien se trataba.

- Hola. ¿Qué paso? –le dijo Fabiana.
- Hola. Pasa. Siéntate por favor.
- Habla de una vez que me vengo muriendo de la curiosidad. –le advirtió ella.
- Ricardo me escribió para que nos reuniéramos. Nos reunimos y

me dio información acerca de mi hermana.

- ¿De verdad? –le preguntó ella.
- De verdad. –sonrió él.
- ¿Y entonces?
- Me dio su número telefónico.
- ¡No puede ser! –dijo ella sorprendida.
- Sí.
- ¿Y ella qué te dijo?
- No la he llamado. –le dijo él.
- ¿Por qué no? –le dijo ella aún más sorprendida por su respuesta.
- Estoy nervioso. Tengo un poco de miedo. -le dijo él.
- ¿Por qué?
- Tal vez cree que la olvidé, que no la busqué porque no quise. Esperé demasiado tiempo Fabi. -le dijo él ofuscado.
- Estoy segura que cuando te escuché entenderá. Así como ella debió tener sus razones para no buscarte. Sólo tienen que hablar. No pierdas más tiempo. -le dijo ella tomando de su mano.
- Estaré eternamente agradecido contigo por hacerme hacer esto.
- Te lo dije. Mereces que te pasen cosas buenas. Vamos por esas cosas buenas. -le dijo ella colocándole su móvil en la mano.

Él tomó el móvil, con las manos un poco temblorosas, marcó de manera cuidadosa cada uno de los números escritos en la tarjeta, antes de pulsar la tecla de llamada miró a Fabiana, quien le hizo una seña de apoyo y le sonrió. Abrió la llamada y colocó el móvil en su oído. Escuchó un primer repique, segundo, tercero; estaba a punto de colgar.

- Aló. –escuchó la voz suave de una mujer.

Después de por lo menos una hora de conversación, Diego colgó la llamada. No se había dado cuenta pero estaba bañado en lágrimas. Pero su llanto no había sido de tristeza sino de alegría. Su hermana debía estar en las mismas condiciones. Al principio de la conversación no entendió nada. No podía creer lo que él le decía, pues desde hace muchos años pensaba que su hermano había fallecido.

Cuando la tía Martha fue a visitar a la familia, se indignó por las condiciones en las que se encontraban. Ella quiso llevarse a Dayana y se lo permitieron pero cuando preguntó por Diego, le dijeron que él estaba muerto. Y ella les creyó, por la negligencia que reinaba en esa casa. Así que se fue con la niña para no regresar más.

Dayana creyó que era cierto, que algo le había pasado a su hermano y sufrió muchos años pensando en eso. Recordaba lo protector que había sido él con ella. Ambos estaban muy emocionados y conmovidos. Decidieron que se encontrarían pronto. Él le prometió que iría a visitarla lo antes posible. Prepararía su viaje cuanto antes.

- ¿Cómo estás? -le preguntó Fabiana entregándole un vaso con agua.
- Nunca me había sentido así. Tengo una sensación de emoción indescriptible.
- No es para menos. -le dijo ella y lo abrazó.

El abrazo de ella lo tomó por sorpresa y removió todo lo que estaba en su interior que se mantenía intacto después de la llamada. Ahora sentía como si corazón se derretía completamente. Sintió en pleno su aroma y no quiso soltarla, se aferró mucho más a ella y Fabiana se lo permitió. Por ese instante, todos los traumas, ansiedades, miedos y pesadillas desaparecieron de la vida de Diego. Lo que sentía por ella era la mezcla perfecta entre deseo,

amor y ternura. Estaba seguro que podía amarla toda la vida y que probablemente era lo que pasaría así ella lo viera sólo como un amigo.

- Llegaste para cambiarlo todo. -le dijo él cuando se separaron.
- ¿Eso es bueno o malo? -le preguntó ella.
- Es bueno porque aunque no me daba cuenta no me gustaba mi vida como era antes. -le confesó él.
- Tú también eres muy importante en mi vida.
- No es que sea pesimista, pero no creo.
- ¿Por qué dices eso? -le preguntó ella.
- Bueno tú tienes una buena vida, con o sin mí. -respondió él.
- Mi vida es mejor porque estás en ella.
- ¿Por qué lo dices?
- Porque tú me haces sentir útil, importante y apreciada. -le respondió ella.
- Te voy a preguntar algo. Un poco imprudente. ¿Eres feliz con Julio? -le preguntó él mirándola directamente a los ojos.
- No estoy segura de cómo responder eso. Creo que la felicidad no es absoluta, que se tienen altos y bajos; sobre todo cuando se trata de relaciones amorosas. Son muy difíciles.
- Sí, sé por experiencia propia que lo son; pero, sé que debe haber un equilibrio, que los momentos felices deben ser más que los difíciles. ¿Tú tienes eso con Julio? -le explicó él.
- Ahora mismo estamos pasando por un momento complicado.
- ¿Desde cuándo? -le preguntó él.
- Creo que desde que nos mudamos para acá. Me he sentido un poco sola y hemos tenido algunas diferencias.
- Entiendo. Sé que es temprano pero quisiera poder beber un trago. -le dijo él.

- Nadie tiene que saberlo. ¿Qué tal si bebemos un poco de vino en tu taller? –le propuso ella.
- Me gusta esa idea. –le dijo él.

Diego fue a la cocina, tomó una botella de vino, el sacacorchos y dos copas grandes. Le hizo señas a Fabiana y se instalaron en el taller. Él abrió la botella con destreza y sirvió en ambas copas. Brindaron, él por los encuentros, ella por el futuro. Ella le preguntó detalles de la conversación con Dayana; él le contó todo lo que recordaba. Aun no podía creer que aquella llamada fuera realidad. La única manera en que se convenció de que no era un sueño y que era real, fue pensando en que él no solía tener sueños agradables.

- ¿Crees que perdonaste a tu madre por todo lo sucedido en tu niñez? –le preguntó Fabiana.
- Creo que no, pero quizás ahora pueda sentirme mejor con ella. Porque si entregó a mi hermana, fue de alguna manera lo mejor que hizo por nosotros y eso sería para mí suficiente para perdonarla.
- ¿Cuándo fue la última vez que la viste?
- El día que la trabajadora social me sacó de la casa. –le confesó él.
- ¿Y cómo supiste de su muerte? –le preguntó ella.
- Me lo contó mamá Emilia.
- Creo que estoy haciendo muchas preguntas incómodas.
- Te confieso que sería preguntas incómodas si cualquiera las hiciera, menos tú. No me molesta contarte nada a ti. Al contrario, siento que es una especie de terapia.
- ¿Entonces puedo seguir preguntando? –le dijo ella.
- Sí. –dijo él y se rio.
- ¿Qué sucedió con el esposo de la señora Emilia? Cuando me fui recuerdo que estaba bien. Por cosas que he oído supongo que murió.

- Sí, fue una tragedia realmente. Sucedió antes del accidente de César. Papá tuvo un ataque fulminante al corazón. No se pudo hacer nada. Mamá estaba inconsolable, sé que no ha pasado un día en el que no lo recuerde. Se amaban muchísimo, no me imagino lo terrible que debe ser perder a la compañía de tu vida, el ser que más has amado. –le contó él.
- Debe ser una de las peores cosas que te pueden pasar en la vida.
- Quisiera contarte algo. –le dijo él.
- A ver.
- Le pedí a Ricardo que consiguiera información acerca de mi verdadero padre.
- ¿De verdad?
- Sí.
- Pensé que no querías volver a verlo. –le dijo ella sorprendida.
- Y no quiero. Sólo quiero información. No creo que soporte la idea de volver a estar frente a él.
- No es para menos. Te hizo mucho daño.
- Ya es hora de almorzar. ¿Qué opinas si salimos a algún lugar? –le propuso Diego.
- Claro. Vamos.

Juntos se encaminaron a un restaurante que Fabiana propuso pues le habían comentado que hacían una pasta exquisita allí y ella tenía muchos deseos de probarla; mientras que el deseo de Diego era complacerla a ella. Era un poco lejos de la residencia de él pero mientras que condujera al lado de ella, no le parecía en lo absoluto desagradable conducir un rato. Llegaron al restaurante y tuvieron que esperar un rato en la barra mientras les ofrecían una mesa.

- Acompáñenme por favor. –les dijo con amabilidad finalmente

una mesonera.

- Gracias. –le dijo él, ofreciéndole el asiento a Fabiana.
- Está repleto, quizás indique que en realidad es tan bueno cómo me dijeron.
- O quizás sólo esté de moda. –le dijo él.
- Pero qué pesimista. Bueno... de todas maneras ya estamos por comprobarlo. –le dijo ella y le sonrió.
- Es cierto. –él se sentía afortunado e hipnotizado por la presencia de ella; era obvio que Fabiana no le era indiferente a los hombres que estaban en el lugar, ya que mucho la veían con insistencia.
- ¿Qué te gustaría ordenar?
- Dejaré que tú me recomiendes algo. –le dijo él.
- Interesante. –dijo ella concentrándose en la lectura del menú.

Diego lucía feliz, se le notaba. No podía quitarle la mirada a Fabiana, observaba sus gestos, el brillo de sus ojos, sus manos, la manera como las palabras salían de su boca. Sabía que no era de él, pero en los momentos que estaban juntos, la sentía tan cercana que le era difícil imaginar que ella estaba con alguien más.

- Ordenaré para mí una pasta al pesto y para ti una pasta a la marinera. ¿Qué tipo de pasta prefieres? –le preguntó ella.
- Linguini. –dijo él concretamente.
- Yo también. –le dijo ella y le hizo una pequeña señal al mesonero para que se acercara.
- ¿Listos para ordenar? –les preguntó.
- Sí. Una pasta al pesto y otra a la marinera, de tipo linguini por favor.
- ¿Para beber?
- Vino blanco. –respondió Diego.

- Enseguida. Permiso.
- Hasta ahora hay muy buena atención. –apuntó ella.
- Buenas tardes. –dijo una mujer sentándose sin pedir permiso en la mesa, ambos se extrañaron muchísimo por la situación; luego, Diego se dio cuenta que se trataba de Camila, su ex.
- Camila, ¿cómo estás? –le dijo él un poco alterado.
- Yo muy bien y veo que tú igual. ¿Quién es ella? –le preguntó viéndola con desprecio.
- Ella...
- ¿Es tu nueva amiguita? –le preguntó ella interrumpiéndolo.
- No, yo soy su novia. Un placer. ¿Y tú eres? –le dijo Fabiana suavemente.
- ¿Su novia? –preguntó mirándolo molesta.
- Sí. –respondió Fabiana.
- Que cínico eres Diego Armando.
- Camila tu y yo no tenemos nada desde hace unos cuantos meses, así que te agradezco que te comportes.
- ¿Me agradeces que me comporte? Si el que no se supo comportar conmigo fuiste tú. ¿Cuántas veces te pedí que saliéramos a comer, a beber algo, que nos distrajéramos un poco? Y tú siempre estabas demasiado ocupado. ¿Cómo es que ahora si puedes? –le recriminó Camila.
- Supongo que he aprendido de mis errores y estoy intentando hacer las cosas mejor.
- ¿Lo ves? Eres un cínico. –le dijo en un tono alto.
- Por favor, Camila; no vayas a hacer una escena. Ya lo nuestro terminó y no vale la pena.
- Nunca valió la pena a decir verdad. Te dejo para que sigas

disfrutando de tu cita con tu novia. –ella se levantó de manera violenta y se fue de la mesa.

- Fabiana qué vergüenza contigo, de verdad. Disculpa. –le dijo él muy apenado.

- Tranquilo Diego. Yo entiendo. Y sé que no es tu culpa. No te sientas mal, a veces las cosas se descontrolan y no está en nuestras manos hacer nada al respecto. Disculpa que le dije que éramos novios, quizás eso la molestó aún más.

- Bueno... ¿Intentamos olvidar el mal rato? –le preguntó él.

- Sí, por supuesto. –le dijo ella y le sonrió.

Pronto les trajeron sus órdenes. Ambos estuvieron de acuerdo en que era la mejor pasta que había probado alguna vez. Entendían claramente el motivo de la creciente fama del lugar. Una vez que terminaron su almuerzo estuvieron de regreso a la casa de Diego donde ella había dejado su coche. Él estaba un poco silencioso, pensando en el episodio con Camila. Sentía vergüenza y curiosidad de lo que Fabiana pudiera estar pensando de él en ese momento.

- ¿Estás bien? –le preguntó ella.

- A decir verdad sigo avergonzado.

- No te preocupes. Con el tiempo he aprendido que uno por más bueno que sea en la vida, siempre es el malo en la historia de otro.

- Yo siento que no fui el mejor novio para ella. Creo que fui muy descuidado. No sé, quizás no estaba o suficientemente interesado y no fui capaz de afrontarlo. –le confesó él.

- Pienso que tenías otras cosas que resolver de las cuales no te habías ocupado y eso se tradujo en dispersión; pero ahora que estás en ello quizás en el futuro puedas estar con alguien de la manera que de verdad quieres. –le dijo ella.

- Probablemente tienes razón.

Diego acompañó a Fabiana hasta su coche y le abrió la puerta. Él se inclinó en la ventanilla mientras ella encendía el motor, tenía deseos de decirle algo pero sospechaba que sería un poco imprudente de su parte. Sin embargo, las palabras se agolpaban en su boca e intentaban salir con ímpetu. Ella dirigió su mirada a él entendiéndolo que tenía algo que decirle.

- Muchas gracias por venir. –le dijo él.
- Gracias por el almuerzo, por el vino y por confiar en mí. –le dijo ella.
- Ojalá que lo que le dijiste a Camila fuera verdad. –expresó Diego sin poder evitar que las palabras brotaran de su boca.
- Quizás en otras circunstancias hubiese sido posible, pero las cosas son como son y mejor no hablar de cosas tan complicadas. –le dijo ella un poco pálida ante el atrevimiento de Diego.

Él se alejó del coche sin entender muy bien lo que acababa de suceder y ella se puso en marcha. Diego regresó a su casa un poco mareado. Las palabras que habían salido de él eran seguramente las más irreverentes que había dicho alguna vez en su toda vida hasta ahora. No estaba seguro que sentía ahora al respecto; si estaba avergonzado, preocupado o arrepentido de aquello.

Se sirvió otra copa de vino. Pensó que estaba a punto de convertirse en alcohólico debido a todos los acontecimientos que le estaban sucediendo recientemente y de manera tan rápida. Se sentó ante su cuadro de la mirada de Fabiana, lo observó con detalle mientras bebía su vino a pequeños sorbos. En ese momento, deseó saber exactamente qué había detrás de esos hermosos ojos; qué era lo que pensaba en realidad, qué había querido decirle con esas palabras, qué era lo que sentía por él.

Se sintió un poco frustrado al no estar seguro de qué le había querido decir, sin embargo estaba seguro de que no debía solicitarle una aclaratoria; pero no sólo eran las palabras sino también la sensación que le transmitió con sus gestos. No sabía si pensaba lo que quería creer o lo que de verdad era; sintió que ella de alguna manera le estaba diciendo que tiene sentimientos hacia él pero no las circunstancias no son las pertinentes para estar juntos.

En los días siguientes, Diego le estuvo escribiendo a Fabiana, obviando por completo lo que había ocurrido; pero ella no le contestaba. Él supuso que debía darle tiempo para asimilar las cosas. No quiso considerar que ella no querría verlo más. De ser así seguramente por lo menos se lo diría de frente y no desaparecería como si él no importara en su vida, de hecho ella misma le había dicho que él era importante para ella. Así que él se mantuvo tranquilo, esperando que ella se comunicara.

Recordó una época en la que Fabiana no lo saludaba en el instituto. Debía tener unos catorce años. Ella había comenzado a salir con el chico más deseado de la escuela y de pronto dejó de dirigirle la palabra. Él estaba disgustado y contrariado por la actitud que ella había tomado hacia él. Pasaron varias semanas, hasta que ella tuvo un disgusto con su hermano y corrió a contárselo a él. Esa conversación le costó la relación pero a ella no le importó. Diego se dio cuenta que aquel chico con el que salía no quería que hablara con él porque sentía celos, pero al final Fabiana lo eligió a él aunque fuera sólo su amigo. Creía firmemente que esto era parecido a aquello de unos años atrás.

X

- Diego, ¿Estás ocupado hoy? –le escribió Fabiana mientras él se encontraba en su taller trabajando.
- No. Cuéntame. –le dijo él, aunque era mentira.

- Voy a un casting y estoy muy nerviosa. ¿Me quieres acompañar?
- Sí, ¿a qué hora? –le preguntó él.
- Puedo pasar por ti en veinte minutos, ¿Está bien?
- Vale. Te espero.

Diego salió corriendo a la ducha a quitarse la pintura que tenía encima lo más rápido posible; luego salió corriendo hacia su habitación para vestirse. Todo esto ante los ojos extrañados de César; sin embargo, por los acontecimientos de los últimos días, se imaginaba de qué o más bien de quién se trataba todo ese apuro de su hermano. En el momento que Diego se peinaba, escuchó una bocina justamente afuera de su casa, así que se imaginó que era Fabiana y salió corriendo de nuevo.

- Chao.
- Chao, corre caminos. –le dijo su hermano con ironía.

Al salir vio el coche de Fabiana estacionado frente a su casa, pero en marcha. A penas él se subió ella arrancó. Le explicó cómo había encontrado aquella oportunidad, el perfil que ellos estaban solicitando, lo importante que era la campaña para la cual era el casting, lo ilusionada que estaba con poder participar, lo que significaría en su carrera; en fin, no podía dejar de hablar. Diego sabía que cuando ella estaba nerviosa hacía eso: hablar sin parar.

- Es una buena oportunidad. Lo harás muy bien. Estoy seguro. Ahora sólo debes calmarte y estar segura de ti misma. Los vas a conquistar. –le dijo él cuando se estacionaron frente al lugar donde sería el casting.
- ¿De verdad lo crees?, ¿no me lo dices sólo para hacerme sentir bien? –le preguntó ella.
- Te lo digo porque estoy completamente seguro. Quisiera que te vieras a ti misma como te veo yo a ti. Te sentirías convencida de que

esa campaña es tuya. –le dijo Diego.

- Gracias. ¿Vamos?

- Vamos.

Diego y Fabiana salieron del coche e ingresaron en el lugar que según lo que él entendía era una agencia de modelaje. Se formaron para poder anunciarse con una chica que las buscaba en una lista. Todas lucían bastante hermosas, pero Diego no tenía duda de quién era la más hermosa de todas. Finalmente, llegaron al final de la formación; Fabiana le dio sus datos y la chica amablemente le asignó un número y le dijo que pronto la llamaría; también le deseó éxito.

Fabiana le hizo señas a Diego para ir hacia un rincón de la sala de espera a sentarse. Ambos se sentaron y ella comenzó a respirar profundo. Veía a las demás chicas con expectación. Él entendía lo estresante que debía ser aquella situación para todas. Nada más de imaginar tener que probarle a un grupo de personas que era la mejor opción entre toda esa cantidad de mujeres que estaban allí, le producía nervios y ansiedad.

- Lo mejor es que estés relajada.

- No es sencillo. –le dijo ella.

- Es cierto, pero es lo mejor al fin y al cabo. Todas están muy nerviosas. Creo que la que se pueda relajar más será la que tenga mayor éxito, pues transmitirá seguridad ante el jurado. Y eso debe ser fundamental para ellos. –analizó él.

- ¿Cómo me relajo? –le preguntó ella.

- Trata de no pensar en esto. Para eso estoy aquí. Vamos a hablar de algo. Cuéntame cómo fue tu primera experiencia como modelo. – le sugirió él.

- Pues para serte sincera no fue muy complicado. Cuando nos

mudamos a París yo no tenía amistades, pues no asistí al instituto allá. Entonces mis padres decidieron inscribirme en alguna actividad en la que pudiera entretenerme y al mismo tiempo tener contacto con personas de mi edad. Fue cuando me inscribieron en una escuela de modelaje, porque quedaba cerca de nuestra casa. El modelaje nunca me había llamado la atención pero creí que sería una buena experiencia. Así que accedí. Después de estar allí unos ocho meses aproximadamente, un diseñador de ropa juvenil fue a la escuela. No nos dijeron que él estaba buscando modelos, él nos conoció y pasó un rato conociéndonos; finalmente le dijo a la directora del lugar que contrataría a tres chicas de allí. Una de esas fui yo. A la siguiente semana firmamos un contrato por una campaña y una semana más después estaba ya posando frente a una cámara con la ropa de ese diseñador. Fue genial, me encantó la experiencia. No tuve ningún tipo de estrés, porque no pasé por un proceso de casting tradicional.

- Creo que el diseñador hizo bien. No las sometió a esto así que pudo conocerlas de verdad. –le dijo él.

- Así es. Luego, la mayoría de los trabajos que tuve fueron ofertas. Asistí a pocas entrevistas; pero acá la cosa cambia mucho para mí. Casi nadie me conoce en este mercado.

- Debió ser difícil para ti decidir regresar para acá. Aunque la verdad no me quejo. ¿Cómo conociste a Julio? –le preguntó Diego.

- Bueno, como te dije él...

- Fabiana Andueza. –la interrumpieron, ella tomó una bocanada de aire y con una sonrisa se despidió de él momentáneamente.

Diego le guiño un ojo en señal de complicidad. Ahora él mismo estaba nervioso de qué ella consiguiera ese trabajo que tanto deseaba. En el fondo de él, sentía temor de que ella se le acabara la paciencia y se fuera de nuevo.

Aunque ahora estaba seguro que iría tras de ella si fuera necesario. Pasaron algunos minutos y ella aún no salía, se sentía impaciente de saber cómo le estaría yendo.

- Hola. –se sentó a su lado una de las chicas presentes.
- Hola.
- Supongo que no vienes a hacer el casting. –le dijo ella en broma.
- Jajaja no. Estoy acompañando a alguien.
- ¿A tu novia? –le preguntó ella y él no estaba seguro de qué contestar.
- Sí. –le dijo finalmente.
- Es una chica con suerte. Ninguno de los novios que he tenido me acompañarían a esto ni que les pagara.
- Quizás no has estado con el correcto.
- Creo que tienes toda la razón. –le dijo ella, le sonrió y se fue.

Justo en ese momento Fabiana se acercaba a él y Diego se levantó queriendo preguntarle cómo le había ido. Ella le hizo señas para que salieran, él caminó detrás de ella, siguiéndola de cerca. Se tardaron un poco en llegar a la salida debido a la cantidad de gente que caminaba por él lugar.

- ¿Y bien? –le preguntó él apenas cruzaron la puerta de salida.
- Me fue excelente. Me sentí tranquila, hablé de manera fluida, me tomaron algunas fotos; pero aún faltan muchas chicas que ver, así que me dijeron que me llamarían. Eso no es muy alentador pero no sé, sentí una energía positiva. Algo me dice que cosas buenas van a pasar. –le contó ella.
- Me encanta verte con ese ánimo.
- Gracias por acompañarme, creo que me ayudaste mucho; pase lo que pase.

- Siempre que me necesites estaré para ti. –le dijo él.
- Oye, ¿quién era la chica con las que hablabas?
- ¿Cuál? –preguntó él sin recordar.
- Estaba sentada a tu lado cuando te vi.
- Ah, la modelo. No la conozco, se sentó a mi lado y me habló.
- ¿Te estaba coqueteando? –le preguntó ella con una sonrisa.
- No, no. Para nada. Sólo hablamos. Me preguntó qué hacía allí, es todo.
- Vale. ¿Y qué le dijiste?
- Que estaba acompañando a una amiga. –él le mintió pues sabía que si le contaba lo que de verdad había dicho, todo se pondría raro entre ellos de nuevo.
- Está bien. ¿Te llevo a tu casa o a otro lugar?
- Creo que a casa. ¿No te quieres quedar un rato? Prometiste que me ayudarías como modelo y no lo has hecho más. Recuerda que te tengo unos honorarios pendientes.
- Bueno, vamos. Creo que eso me ayudará a despejar un poco la mente y no ponerme tan ansiosa respecto a esa llamada; por lo menos por un rato. El casting es difícil pero la espera es muchísimo peor.-le confesó ella.
- Te entiendo. Detesto tener que esperar una llamada.

Pronto llegaron al taller de Diego. Ella estaba un poco inspirada así que decidió posar para él; lo que por supuesto también le produjo inspiración a él. En poco tiempo hizo varios bocetos que estaba seguro que se convertirían en cuadros. Así no fueran a ser expuestos posteriormente en una galería y más bien pasaran a formar parte de su colección; pues contenían la imagen que más apreciaba.

- ¿Qué opinas? –le dijo él mostrándole los dibujos, sentado a su

lado.

- Me encantan. Qué talento tan especial tienes. –le dijo ella.
- Gracias. –le dijo él mirándola a los ojos, por un momento se quedaron perplejos en sus miradas; hasta que el móvil de Fabiana sonó.
- Aló. –contestó ella después de salir corriendo en busca de él.
- Está bien. Muchísimas gracias. Vale. Adiós. –dijo ella, estaba pálida y colgó la llamada.
- ¿Qué pasó? –le preguntó Diego con mucha expectativa.
- Me llamaron de la agencia.
- ¿Y? –le insistió él.
- Me dijeron que fui seleccionada para hacer la campaña. Que debo presentarme mañana mismo para discutir las condiciones del contrato. –le dijo ella en shock.

Diego se acercó a ella para darle un abrazo, pero incluso antes de que él llegara a ella, Fabiana se lanzó en sus brazos emocionada. Se quedaron un rato juntos, él le decía lo orgulloso que estaba de ella y lo hermosa que era. Fabiana lo abrazaba con fuerza. Cuando se separaron un poco, quedaron frente a frente, con muy poco espacio entre ellos dos; se miraron a los ojos, Diego miró brevemente los labios de Fabiana y como si se trata de un imán que lo atraía, sin pensarlo, la besó.

Los labios de ambos se entrelazaron entre sí. Sus lenguas se unieron en un baile lento y sensual. Sus cuerpos estaban completamente unidos en el mismo abrazo y sus bocas se entregaban uno al otro, olvidando por un instante cualquier obstáculo entre ellos. Él la apresaba desde su torso mientras que ella se sostenía en sus hombros. Sus ojos estaban cerrados, para disfrutar mejor de las sensaciones que ese beso les producía. Sus bocas no querían separarse y se abalanzaba una sobre la otra en un dueto perfecto.

De pronto Fabiana volvió en sí y de manera violenta se separó de Diego. Lo miró con los ojos muy abiertos y la respiración agitada, él no sabía qué hacer o qué decirle en ese momento. Ella cerró los ojos como quien intenta despertar de un sueño. Entonces, Diego se acercó a ella y la tomó de manera delicada por el brazo para dejar que su corazón le hablara de una vez.

- Fabiana... -le dijo, intentando expresarle algo más.
- Tengo que irme. -le dijo ella y le dio la espalda.

Él fue detrás de ella sin poder alcanzarla y sin poder decirle una palabra más. Ella cerró la puerta y él se quedó del lado dentro de la casa, sabiendo que no podría hacer que regresara en ese momento. Él colocó la frente en la puerta en representación de la frustración que sentía. Aun podía sentir la suavidad de los labios de ella en su boca. Todo su cuerpo vibraba de emoción por haber podido estar tan íntimamente con ella.

Diego se dio cuenta que aquello había sido algo muchísimo más que un beso, era una declaración entre ellos dos. Algo poderoso existía entre ellos, pero ahora corría el riesgo de que ella se alejara de él de manera irremediable. Pues no estaba seguro que ella estuviera dispuesta a dejarlo todo por él. Diego seguía paralizado frente a la puerta, con una mano en el pomo y la cabeza recostada de la madre. No estaba seguro de qué hacer ni de cómo continuar su existencia después de lo ocurrido.

No era la primera vez que se besaban, pues cuando se despidieron cuando eran adolescentes, Diego tuvo la osadía de darle un beso. Pero aquel había sido un beso inocente, seguramente poco significativo para ella; este había sido muy distinto. En ese beso hubo pasión, sentimientos y mucho deseo. Él se daba cuenta y ya no tenía dudas de que ella también sentía algo hacia él. Aunque quizás ella nunca le daría la oportunidad.

Diego tomó su móvil y comenzó a llamarla de manera desesperada,

pero ella no le contestaba. Él necesitaba hablarle, pedirle que se sincerara consigo misma y que contemplara por lo menos un instante la posibilidad de darle una oportunidad para amarla y hacerla feliz; pues solo bastaría una, ya que él no la desaprovecharía. Pero ella no le respondía el móvil.

Él analizaba la situación, tratando de deducir si debía ir a buscarla personalmente o esperar que le contestara. No quería presionarla pero también él mismo necesitaba saber que ocurriría de ahora en adelante. Las posibilidades de que ella admitiera sus sentimientos eran realmente remotas. Se sentía muy alterado por lo ocurrido pero no se arrepentía de haberla besado, y si pudiera devolver el tiempo la volvería a besar. Lo que ese beso le hizo sentir fue la sensación más intensa que había experimentado alguna vez y no lo cambiaría por nada.

- Aló. –ella finalmente le contestó.
- Fabiana necesitamos hablar, por favor. –le dijo él rápidamente ante el temor de que colgara la llamada.
- ¿Qué hay que decir? –le preguntó ella.
- No estoy seguro. Primero quiero saber cómo te sientes.
- Sinceramente me siento confundida. Nunca pensé que le fallaría Julio de esa manera. Me siento muy mal por eso. –le confesó ella.
- Lo entiendo, de verdad. ¿Pero qué pasa entre tú y yo? –le preguntó él.
- No lo sé Diego. Eres muy especial para mí... y quizás en otras circunstancias, quizás podríamos ser más que amigos; pero yo estoy con él, lo dejé todo por venir con él, no puede ser que yo haga esto. No quiero ser esa clase de persona. –le dijo ella afligida.
- ¿Tú quieres estar con él? –le preguntó Diego temiendo la respuesta.
- Creo que ahora estoy en un momento de confusión, pero somos

pareja y me comprometí a estar con él. Es algo que quiero cumplir. Espero me entiendas. –le dijo ella.

- Está bien Fabi. No te aflijas, ¿sí? Si eso es lo que quiere yo lo respeto y no voy a interferir entre ustedes. Te lo prometo. Lo único que pido es que no me apartes de ti. –le pidió él tratando de no sonar tan desesperado.

- Yo tampoco quiero que nos apartemos Diego. Eres muy importante para mí. –le dijo ella.

- Entonces intentemos que todo siga siendo igual.

- Sólo, dame unos días. ¿Sí? Necesito pensar las cosas y calmarme. –le solicitó ella.

- Está bien. Estaré aquí para ti.

XI

Pasados unos días, Fabiana aún no se había comunicado con él ni lo había tratado de ubicar de ninguna manera. Él intentaba ser paciente pero empezaba a sentir desesperanzado. Era muy probable que ella hubiese decidido no verlo más, a pesar de lo que había hablado antes. La depresión que él estaba sintiendo por supuesto se traducía directamente en el trabajo que estaba haciendo.

Había pasado de colores brillantes y vivos, a tonos oscuros y sombríos; llenos de melancolía. Una mañana recibió la visita de su representante, quien se sorprendió muy gratamente con los primeros cuadros que le mostró y le pidió que dejara lo que estaba haciendo y continuara con cosas por el estilo. Sin embargo, no encontraba la inspiración para ello. La soledad que lo abrumaba no lo dejaba pensar en imágenes de alegría.

La soledad que sentía ahora era muy distinta a la que había experimentado en su vida. Porque aquella era una soledad elegida, preferida

por él; pero ahora, él deseaba estar con Fabiana y ella se había apartado. Lo único que lo consolaba en medio de ese tránsito, era el recuerdo de ese maravilloso beso que había provocado el desastre actual.

También tenía a Dayana. Hablaban diariamente y ella le insistía en que fuera a Salamanca a pasar unos días con ella. Sin embargo, él estaba posponiendo el viaje para estar a la disposición de Fabiana cuando ella lo requiriera. Aunque parecía un sacrificio en vano. De todas maneras, él seguía guardando su promesa; no había intentado buscarla. Aunque sus manos le ardieran por no escribirle, a pesar de que sus ojos le molestaban por no verla y todo su cuerpo le doliera por no ir a abrazarla.

Una noche, cuando ya ni siquiera intentaba dormir, escuchó sonar el timbre de su casa dos veces. Diego creyó que quizás sin darse cuenta había dormitado y por eso había creído escuchar que tocaban a la puerta. Sin embargo, se levantó y caminó hacia la sala; entonces, volvieron a tocar. Su hermano también salió y le preguntó qué pasaba.

- ¿Quién? –preguntó Diego extrañado por la hora.
- Soy yo... Fabiana. –dijeron del otro lado de la puerta.
- ¿Fabiana? –preguntó él abriendo la puerta rápidamente.
- Hola. –dijo ella con los ojos llenos de tristeza y un pequeño bolso en la mano.
- ¿Qué pasó? –le preguntó él.
- ¿Puedo pasar?
- ¡Sí! Disculpa, por favor pasa. –le pidió él ayudándola con el bolso que tenía en la mano.
- Gracias. Hola César.
- Hola Fabi. Los dejo solos. –le dijo él devolviéndose a su habitación.

- ¿Cómo estás?
- Pues no muy bien. Tuve una fuerte discusión con Julio y no quería estar con él. No tengo otro lugar adonde ir. –le contó ella.
- Tranquila, esta es tu casa. Te puedes quedar. –le ofreció él.
- Gracias Diego.
- Ven, te llevo a mi habitación. No te preocupes yo dormiré en el sofá. –le dijo tomando sus cosas.
- Pero yo puedo dormir aquí. –le dijo ella.
- No es necesario, por favor. Ven. Yo dormiré en el sofá, quiero que estés cómoda.
- Está bien. –le dijo ella y lo siguió.
- Disculpa le desorden de la cama es que ya me había acostado. –le comentó él apenado.
- No, más bien discúlpame tú a mí por llegar a estas horas y de manera tan inesperada. No cuento con más nadie
- Cuentas conmigo. Te lo aseguro. Acá creo que estarás cómoda. –le dijo dando algunos pasos para salir de la habitación.
- Diego... -le dijo ella.
- ¿Sí? –se devolvió él.
- Gracias. –le dijo ella.
- Fabi... ¿tú quieres hablar de lo que pasó con Julio? –le preguntó él.
- No sé si sea apropiada dadas nuestras circunstancias.
- Antes que nada somos amigos. Si necesitas hablar yo puedo escucharte. Puedo traer una botella de vino también.
- Vale. –le dijo ella sonriendo.
- Ya regreso.

Diego fue a la cocina, destapó una botella de vino y tomó dos copas.

Inmediatamente, estuvo de regreso en la habitación. Encontró a Fabiana sentada en su cama, situación que nunca antes se había imaginado, y mucho menos en las circunstancias actuales. Le sirvió su copa y luego la de él.

- ¿Salud? –le preguntó él.
- Sí. Supongo.
- ¿Por qué brindamos? –le preguntó él.
- Por la amistad. –le dijo ella.
- Por la amistad. –repitió él y bebió un sorbo de su copa.
- ¿Cómo has estado? –le preguntó ella.
- No estamos aquí para hablar de mí. Cuéntame que pasó.
- Pues le reclamé a Julio por su abandono, por su descuido, por lo poco importante que me hace sentir y se molestó mucho. Me dijo que yo no valoraba su esfuerzo, entre muchas otras cosas. –le contó ella.
- ¿Y cómo te sientes?
- Molesta, abandonada, ignorada...
- Entiendo. –le dijo él.
- Creo que su actitud me hace mucho daño. Me confunde. Hace que desee alejarme de él y... -no terminó la oración y bebió otro sorbo de vino.
- Pues si te sientes así hiciste bien en decírselo. Creo que mereces más atención. Tú sacrificaste mucho para venir y estar a su lado así que lo menos que puede hacer es tomar un poco de tiempo para la relación.
- Sí, eso creo. –le dijo ella.
- ¿Cuándo te fuiste te dijo algo? –le preguntó él.
- Se molestó y me preguntó a donde iba. Le dije que no era de su incumbencia. Entonces tomó las llaves del coche y me prohibió llevármelo porque lo compró él. Eso me molestó aún más, así que

tomé un taxi y me vine para acá. Pude haber ido a un hotel pero no sé... pensé que estaría mejor aquí.

- Y tienes razón. –le dijo él.
- Sé que no está bien que lo diga pero si yo fuera él no tendría excusas para estar contigo. –le dijo Diego.
- Lo sé. –le aseguró ella.

Ambos estaban sentados en la cama, uno al lado del otro, con por lo menos medio metro de distancia, recostados del copete de la cama. Luego de lo último dicho, ambos miraban hacia abajo y tomaban vino en silencio. Era obvio que existía cierta tensión en la situación. Él no podía negarse a sí mismo que no era de su preferencia que ella estuviera con otro que no fuera él, pero no era menos cierto que él no quería que ella estuviera triste y aquella situación le causaba tristeza.

- ¿Crees que podrán resolverlo? –le preguntó él.
- No estoy segura. –le dijo ella mirándolo a los ojos.

Diego tuvo el incontrolable impulso de besarla y no tuvo la voluntad para resistirlo, así que rompió en pequeños trozos el espacio que los separaba y llegó justo a su boca. Ella al principio no reaccionó por la sorpresa, su cuerpo respondió primero que su razón. Ella lo abrazó y prosiguió con el beso. Antes de lo que se dieron cuenta él estaba sobre ella y mutuamente se quitaban la ropa.

- Fabi... Fabi... un momento. No quiero sentir que me aprovecho de ti y de tus problemas. No quiero que hagas algo de lo cual luego te arrepientas. –le dijo él deteniéndose con mucho esfuerzo.
- Esta noche estoy dispuesta a vivir esto. No sé si estoy confundida o si más bien estoy más clara que nunca. Pero esta noche no quiero pensar más de la cuenta. ¿Me acompañas? –le dijo ella.

Él no pudo decir nada, su respuesta fue continuar besándola; esta vez no sólo la boca, ahora se aventuró a probar su cuello y a tocar todo su cuerpo. Deshaciéndose de su torpeza habitual, Diego despojó a Fabiana de la mayor parte de su ropa. Ella a su vez hizo lo mismo. Acarició el torso de él con avidez, lo besó y se aferró a él. Diego dedicó especial atención en quitarle la ropa interior que aún vestía ella.

Le quitó el brasier y se deleitó besando con ternura sus senos. Ella lo observaba con deseo. Veía como las grandes manos de él se apoderaban de su busto y su lengua los acariciaba. Seguidamente, él la despojó del resto de su ropa íntima, se levantó de su lado y frente a ella terminó de desvestirse.

Ella no le quitaba la mirada de encima. Entonces vio con claridad la erección que él exhibía. Sin perder tiempo, Diego se acercó a ella y Fabiana lo arropó entre sus piernas. No resistían más el deseo de entregarse uno al otro. Ella lo recibió con gusto y al mismo tiempo sintió un gran alivio. Ambos se quedaron inmóviles y abrazados por varios minutos, hasta que siguieron besándose.

Conforme el calor de los besos se iba incrementando, los movimientos de las caderas iban haciéndose más y más intensos. Ambos comenzaron a jadear y a desear más placer. Mientras se entregaban uno al otro, se hacía incomprendible el hecho de que no se hayan unido antes. Diego se internó en sus brazos como si no quisiera jamás volver a separarse de ella y ella se aferró a él con el deseo de sentirle más y más dentro de ella.

Siguieron entregándose hasta que sus cuerpos no resistieron más el placer que sentía y se desbocaron en un intenso orgasmo al unísono. No se separaron, se quedaron fundidos en un abrazo. Necesitaban que aquel instante durara el resto de la vida. Se daban pequeños besos en la boca, el cuello, las mejillas y los ojos.

- Hay algo que me gustaría que hicieras. –le dijo ella.
- Lo que quieras. –le dijo él con devoción.
- Quiero que me dibujes.
- Ya lo he hecho.
- Pero no así, sin ropa.
- ¿De verdad? –le preguntó él.
- Sí. Sería una especie de recuerdo de esta ocasión.
- Voy por lápiz y papel. –le dijo él sin reparos.

Pronto estuvo de regresó, colocó una silla frente a la cama; ella optó por una pose boca abajo, en la que su desnudez se notara pero no fuera explícita. Él la dibujo con detalle y pasión. Mientras la dibujaba, iba fijando en su mente cada espacio de su cuerpo, a la vez que sentía que volvía a hacerle el amor con la mirada y los trazos que disponía sobre la hoja.

- Listo. –le dijo después de un rato.
- ¿Puedo ver? –le preguntó ella.
- Claro. –se lo mostró él.
- Me encanta.
- A mí me encantas tú. –le dijo él y le dio un beso en los labios.
- Vamos a dormir. –le pidió ella.

Entonces, él se levantó, apagó la luz, se acostó a su lado y se extendió la sábana sobre sus cuerpos; se abrazaron. Ella estaba muy cansada así que pocos minutos después, se quedó dormida. Él no sentía sueño ni cansancio; de hecho quería quedarse despierto, cuidándole el sueño a ella. Lo que tenía en ese momento, era lo que más había deseado en su vida, no quería perderse ni un segundo.

Sin embargo, después de un rato de tranquilidad, el sueño lo alcanzó y cayó en inconsciencia. Ninguno de los dos se movió ni un solo centímetro

aquella noche pues habían encontrado el lugar perfecto para estar. Diego no tuvo ninguna pesadilla, ni tampoco se despertó antes del amanecer. Cuando abrió los ojos, encontró en sus brazos a Fabiana, con su cabeza recostada en su pecho.

Él logró levantarse de la cama sin despertarla o causarle incomodidad. Se dirigió a la cocina pues quería agradecer a Fabiana, llevándole el desayuno a la cama a penas se despertara. Cuando estaba en la cocina, su hermano entró y lo vio distinto al resto de los días, pero no quiso decirle nada.

- César... -le dijo para llamar su atención.
- ¿Sí?
- Fabiana pasó la noche aquí. Por favor, no vayas a hacer algún comentario que la vaya a incomodar. Te lo ruego.
- ¿Pasaron la noche juntos? –le preguntó él.
- César... por favor...
- Está bien. No digo más. Sólo pregunté.

Diego regresó a la habitación y vio que ella aun dormía. Colocó la comida en una pequeña mesa al lado de la cama y se sentó en la cama a observarla. Se sentía dichoso, afortunado, hechizado, feliz y completamente enamorado. Unos minutos después, ella comenzó a abrir los ojos y sonrió al verlo a él allí, junto a ella, esperando su despertar. La habitación olía a café, era un olor que a ella le encantaba.

- Buenos días. –le dijo él.
- Buenos días. –le respondió ella aun con pereza.
- Te traje café y el desayuno.
- Gracias. –dijo ella sentándose en la cama para recibir el café que él le ofrecía.
- Le coloqué una sola de azúcar.

- Está perfecto. –le dijo ella y le dio un beso en los labios.
- Perfecta eres tú. –le dijo él y volvió a besarla.

Ambos desayunaron juntos, entre besos y palabras dulces. Él llevó los platos a la cocina y ella fue a ducharse. Tenía que ir a la agencia pues tenía que trabajar en la campaña para la cual ya había firmado el contrato y ya pronto se le iba a hacer tarde. Diego se ofreció a llevarla y a esperarla, pero ella le pidió que no la esperara pues no estaba segura de cuánto tiempo se tardaría. Él estuvo de acuerdo en llevarla y luego pasarla buscando.

Así que la llevó, le dio un beso de despedida y le pidió que le avisara cuando pudiese venir por ella. En ambos se podía palpar la felicidad que los envolvía. Él regresó a casa y entró a su taller a trabajar. El amor que había sentido esa noche en los brazos de Fabiana era la inspiración más grande que alguna vez se haya apoderado de él. Sintió que en poco tiempo había creado más y lo mejor que en toda su carrera.

No había miedos ni ansiedades cuando tenía la certeza de contar con ella. Ahora estaba seguro que ella también lo amaba y que desde siempre lo amó. Sólo que tardó un poco más de tiempo en darse cuenta y admitirlo, pero ya nada de eso importaba; lo único importante era que de ahora en adelante, nada los separaría. Miles de ideas venían a su mente y se traducían en un boceto más.

Recibió un mensaje de ella donde le decía que en una hora podría ir por ella. Él quiso salir antes para no correr el riesgo de llegar tarde por el tráfico o alguna otra razón. Como aún era temprano al llegar a la zona de la agencia, pasó por una floristería y le compró un arreglo de rosas a Fabiana. Cuando ella salió, él la esperaba. Se sorprendió gratamente con el detalle de Diego; sonrió ampliamente y le dio un beso en los labios.

- ¿Y a qué se debe este regalo tan lindo? –le preguntó ella.

- A que te amo. –le dijo él con suavidad en la voz.

XII

Aquella tarde Diego y Fabiana pasaron un rato de enamorados. Fueron al cine a ver una película romántica, a caminar al parque, a comer helado, a pasear por una galería que le gustaba a Diego y luego regresaron a casa. Primero hicieron la cena junto y después de comer hicieron el amor hasta que sus cuerpos les pidieron tregua; para luego volver a dormir fundidos en un solo cuerpo.

A la mañana siguiente, ella se despertó un poco callada; a Diego le parecía que estaba preocupada. Sin embargo, no quiso preguntarle nada. Primero que nada porque entendía que todo lo que estaba sucediendo hasta ahora entre ellos podía ser un poco abrumador por la rapidez como iba evolucionando todo. Y segundo, él sentía que aún las cosas no estaban consolidadas y no quería que nada en lo absoluto las perturbara. Sin embargo, el deseo de saber que ella estaba bien le ganó.

- ¿Estás bien Fabi? –le preguntó durante el desayuno.
- Sí, estoy bien. Es que pienso que debo ir a buscar mis cosas a la casa de Julio y eso me pone un poco de mal humor. Creo que si voy en un rato no me lo encontraré pues debería estar trabajando.
- Lo entiendo. ¿Quieres que te acompañe?
- No. Siento que de verdad es mejor que haga esto yo sola.
- Está bien. Igual sabes que puedes contar conmigo si me necesitas. –le recordó él.
- Sí, tengo la certeza de ella. –le dijo ella sonriendo.
- ¿Eso es todo? –le preguntó él.
- También hay algo más.
- Dime. Te escucho.

- Necesito encontrar un lugar donde quedar. –le dijo ella.
- ¿Por qué? Puedes quedarte aquí.
- No creo que sea lo más apropiado. No me mal entiendas por favor. Me encanta estar contigo y me haces sentir como si fuera de la realeza; pero si de verdad tú y yo vamos a intentar algo, creo que tenemos que comenzar cómo se debe. El que yo viva aquí, contigo, apresurará mucho las cosas; será una presión que no querríamos para una relación reciente. –justificó ella.
- Pero tenemos tantos años conociéndonos. –le dijo él un poco confundido con la idea de Fabiana.
- Sí, pero no de esta manera. Te aseguro que lo pienso por el bien de nosotros.
- Pues, si tienes la convicción que es lo que debemos hacer para estar bien juntos. Yo te apoyo. Busca tus cosas e inmediatamente comenzaremos a buscar un lugar en el que puedas residir, y que sea cerca de aquí, ¿Sí? –le pidió él con suavidad.
- Sí, eso sí. –le dijo ella y le dio un beso tierno en los labios.

Luego ella se levantó de la mesa y fue a ducharse. Se tardó mucho tiempo en estar lista, claro signo de que aquello en realidad era algo que no quería hacer. Él también estaba inseguro al respecto pero estaba consciente que debía dejar que ella cerrara su ciclo con Julio de la manera que ella creyera la más correcta. No quería presionarla de ninguna manera.

- Voy a tomar un taxi. Recogeré mis cosas y regreso. –le dijo ella con el ánimo un poco bajo.
- ¿Estás bien? –le preguntó él.
- Sí, tan sólo es que es un poco difícil ir de nuevo allá y recordar las cosas que nos dijimos y el tiempo sola.
- Ya no tendrás que estar sola de nuevo. –le dijo él y le dio un beso

en la mejilla.

- Nos vemos pronto. –se despidió ella con un sentido beso en los labios y partió.

Diego se quedó un poco preocupado por lo que ella pudiera sentir, por su tristeza; así que intentó entretenerse un poco continuando con su trabajo. Después se le ocurrió que podría preparar algo especial para cuando ella estuviera de regreso. Fue a comprar los ingredientes para una receta de pasta que pensaba que podía hacer ya que a ella le gustaba tanto la pasta.

También compró del vino que a ella le gusta, algunas velas, flores, música y cualquier otra cosa que considerara que podría agradaarle a ella; y así quizás podía ayudarla a pasar el rato amargo, dándole un poco de alegría. Estuvo de regreso pronto a casa, organizó las cosas y se dispuso a preparar la comida. Ya hacían algunas horas que ella se había ido pero no quiso molestarla escribiéndole o llamándola pues consideraba que era necesario que ella tuviera su espacio.

Diego se esmeró muchísimo en hacer una preparación que a ella le agradara. Él no era el mejor cocinero, más bien se podía decir que cocinaba tan solo para poder sobrevivir pero deseaba agradaarla así que hizo su mejor esfuerzo. Después de un buen rato estuvo satisfecho con lo que había preparado, vio la hora y le pareció que ella ya debía estar de regreso. Comenzó a sentir más intenso el deseo de comunicarse con ella. Así que le escribió un corto mensaje.

- ¿Todo bien?

Después de algún rato no había obtenido respuesta. Entonces Diego empezó a preocuparse de a poco. No sabía qué pensar al respecto. No quería ser el tipo de hombre que se sentía inseguro a cada instante que su pareja estuviera lejos de él, nunca había sido así y no quería comenzar ahora que

estaba realmente con la persona con la que siempre debió estar.

Veía el reloj y contabilizaba con exactitud las horas y los minutos que habían pasado desde que ella había cruzado la puerta, habían pasado ya seis horas y treinta y dos minutos. La ansiedad le crecía a él desde el pecho, se le extendía por el estómago hasta recorrer completamente su cuerpo. Trataba de pensar cosas buenas y de respirar profundo pero todo era en vano. Sentía una sensación muy intensa de ahogo, tenía un muy mal presentimiento de lo que estaba pasando.

Cuando ya sentía que se estaba mareado y que no podía más con aquella sensación que lo embargaba y lo paralizaba. Escuchó que alguien tocaba a su puerta, por la manera de tocar definitivamente era Fabiana. Intentó calmarse un poco para que no lo viera tan alterado como se encontraba en ese momento. Al abrir la puerta, sintió como el alma volvió a su cuerpo.

- Qué bueno que ya regresaste Fabi. Me estaba preocupando. Te hice un almuerzo que creo que te va a encantar. –le dijo él emocionado.
- Diego...
- ¿Qué pasa Fabiana? –le preguntó él notando que ella estaba pálida y con la mirada perdida; tenía los ojos hinchados.
- Muchas gracias por todas estas cosas bonitas que me ofreces pero no creo que esto vaya a ser posible. –le dijo ella y él sintió que un puñal le atravesaba el corazón de un solo envión.
- ¿De qué hablas?, ¿qué pasa?
- Cuando llegué a la casa de Julio él estaba allí y conversamos más calmados. Me pidió perdón por todo lo que me dijo y me pidió que me casara con él.

- ¿Qué?
- Diego, yo dejé mi vida para hacer una vida con él, ahora que la voy a tener estaría muy mal de mi parte dejarlo así.
- ¿Mal de tu parte? –Diego creía que en ese momento se encontraba en una pesadilla, en la peor que haya tenido en su vida; escuchaba las palabras de Fabiana lejanas y lentas.
- Sé que está mal que me aleje así de ti. Sé bien que hay algo muy especial entre nosotros, y que tú me amas más que nadie en el mundo; pero creo que esto es lo mejor para los dos. Espero que algún día me puedas perdonar. –le dijo ella.
- No entiendo. ¿Qué te puede ofrecer él que no pueda darte yo?
- No se trata de eso, sino del compromiso que adquirí con él. Lo que vivimos juntos.
- ¿Y lo que tú y yo vivimos no importa? –le preguntó él con los ojos llenos de lágrimas y el corazón roto en las manos.
- Perdóname. Voy a recoger mis cosas de tu habitación. –le dijo ella y entró.
- ¿Le dijiste lo que pasó entre nosotros? –le preguntó él siguiéndola hasta la alcoba.
- No. –le contestó ella mirando hacia abajo.
- ¿Te arrepiente?
- No se trata de eso... -le dijo ella con la respiración acelerada.
- ¿Crees que si se lo dijeras te perdonaría?
- Seguramente no. –le confesó ella.
- Esa es la gran diferencia entre él y yo. Porque en el mismo momento en el que tu cruces esa puerta, yo te habré perdonado por esto. Porque yo te amo de la manera más incondicional posible. Para mi eterna desgracia. –le dijo él mirándola a los ojos.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, con todas sus cosas en la mano, atravesó la habitación, pasó por el lado de él sin tocarlo y se fue. Él parado en su habitación, escuchó la puerta de la entrada cerrándose, y la sintió como un disparo que acabó con sus ilusiones, su alegría y su vida por enteró; y en ese momento deseó que fuera así. Quiso dejar de pensar y de respirar ya mismo.

Los días que siguieron a este acontecimiento, fueron lo más parecido posible a los días de desintoxicación de una persona adicta a las sustancias alucinógenas. Diego no podía pararse de su cama, sudaba, temblaba, estaba en un estado en el que no podía diferenciar entre la consciencia y la inconsciencia. Aunque César no le había preguntado qué había pasado, él sabía lo que ocurrió; por las cosas que escuchó, por las cosas que presintió y por el estado en el que se encontraba su hermano.

César intentó cuidarlo lo mejor posible. Le llevaba agua y comida, que dejaba intacta en su mayoría. También le hablaba pero no recibía ninguna respuesta y pocas señales de vida inteligente en ese cuerpo que se parecía tanto al de su hermano pero ya él ya no estaba seguro de que lo era. Aquello le producía frustración pero seguía intentándolo pues sabía que su hermano lo necesitaba más que nunca.

- Diego, tienes que recuperarte. Tú tienes una vida. Sé que ahora el futuro no lo puedes imaginar sin ella, pero tienes que hacerlo. No me puedes abandonar así, ni a mi madre, ni a tu hermana que está esperando por ti. Nosotros te amamos y yo sé que tú también nos amas. Sufre pero recupérate, por favor. –le dijo él una noche antes de irse a dormir.

Diego, aunque estaba de espaldas, escuchó las palabras de su hermano. Sabía que eran sentidas pues nunca antes le había dicho que lo ama, así fuera

escondido detrás de un plural. Entonces, la imagen de Dayana llegó a su mente. Recordó a su pequeña hermana frente a la televisión, riendo. Escuchó su voz por teléfono diciéndole lo mucho que lo había extrañado y cuantos deseos tenía de verlo pronto. Su corazón sintió cierta tibieza y supo que tenía que levantarse.

Esa noche, Diego se dedicó a terminar los cuadros que tenía pendientes. Se quedó dormido en el taller durante algunas horas. Cuando Cesar fue a llevarle el desayuno a su habitación se alarmó mucho al no encontrarlo, pero se calmó al verlo en el taller, ya trabajando de nuevo. Le dejó el desayuno en la mesa y salió sin decirle nada. Diego tomó su desayuno con avidez, su estómago se había despertado furioso.

El resto del día lo pasó también culminando y retocando los cuadros que tenía pendientes. Además, ese día comió muchísimo, tal parecía que su cuerpo necesitaba almacenar energía o recuperarse del estado de aletargamiento al que él lo había sometido tan violentamente. Al final del día, vio terminada su próxima colección. Observó con detalle cada una de las obras que la componía y decidió que no había más que hacer.

- La colección está lista. Puedes venir mañana por ella. Yo voy a salir de viaje. Estaré en Salamanca visitando a mi hermana. La colección se llama Bidimensional. ¡Éxito! –le escribió a su representante.

Diego cambió las sábanas de su cama, pues aún tenía el aroma a Fabiana mezclado con el olor amargo del sufrimiento. No pensaba lavarlas, así que las llevó directamente a la basura. No por rencor hacia ella sino para no tener la tentación de seguir buscando en ellas el rastro del amor roto entre los dos. Colocó con cuidado otras sábanas en su cama y se acostó para intentar dormir.

Apenas su cabeza tocó la almohada, cayó en un estado de inconsciencia total. Su cuerpo y su mente necesitaban descansar de manera profunda y en ese momento él se lo permitió por fin. Diego le dio tregua al sufrimiento y decidió que esa noche se despojaría de su dolor. De esa manera pudo quedarse dormido. De nuevo, no tuvo sueño alguno, ni tampoco se despertó a ninguna hora de la madrugada. Se despertó temprano por la mañana, sintiéndose descansado y sintiendo un ánimo distinto. No era alegría, ni siquiera ganas de vivir; era simplemente un halo de esperanza que se colaba por su espíritu y tenía el nombre de su hermana.

- Hola hermanita. Si te parece bien, hoy mismo puedo salir de viaje para allá. –le escribió al despertar.
- ¿De verdad? Qué alegría hermano. Te espero con ansias.
- Nos vemos en algunas horas. –le dijo él.

Diego hizo el desayuno, comió y se dispuso a preparar su equipaje. César lo vio, sin decir nada pues estaba bastante seguro de lo que se traía entre manos. Empacó su ropa y artículos personales. En otro bolso, guardó su cámara, lápices, colores y hojas. Dejó todo preparado en el taller para que su representante fuera a buscar la colección.

- César, voy a Salamanca. No sé exactamente cuántos días voy a estar allá. –le anunció Diego cuando ya estaba listo para salir.
- Me parece bien Diego. Me alegra mucho que te vayas a reunir con tu hermana. –le dijo sonriendo.
- Gracias hermano. Te amo. –le dijo, le dio un beso y llevó sus cosas al coche.

Diego emprendió su camino a encontrarse con su hermana menor. Nunca antes había viajado manejando, ni mucho menos solo; así que decidió disfrutar del viaje, ir despacio y calmado. Se detuvo en muchos lugares,

fotografió paisajes, personas, coches y todo aquello que le pareció digno de ser recordado. Se tardó mucho más de lo estimado por la trayectoria, pero no se arrepintió; le había gustado la experiencia. Con nada kilómetro que transitaba sentía que se volvía más libre.

Ya dentro de la ciudad, tuvo que ubicarse con el GPS; sin embargo, no tuvo problemas. Llegó entonces al lugar donde residía su hermana. Apagó el motor y observó el edificio. Se sintió emocionado al punto del llanto, pero se contuvo y caminó hacia el apartamento de Dayana. Ya frente a la puerta tocó dos veces y ella le abrió. Enseguida, se lanzó en sus brazos, llorando. Ambos se quedaron abrazados por largo rato.

- Te presento a Gabriel, mi esposo; y él, es Diego, como tú. –le dijo señalando su vientre.

XIII

Dayana tenía cuatro meses de embarazo y hacía tan sólo unos días se había enterado que esperaba a un niño. Desde que supo que estaba embarazada, había deseado que fuera varón, pues podía colocarle el nombre de su hermano. Era algo que había decidido antes de que él se pudiera en contacto con ella. No había querido decirle nada aun para que fuera una sorpresa. Y lo había sido, esa noticia le había devuelto a Diego las ganas de vivir y le otorgó alegría en medio de sus horas más oscuras.

- ¿Por qué no me dijiste nada? Hubiese venido antes. –le dijo él.
- Quería que fuera una sorpresa.
- Y realmente lo fue. –le dijo él conmovido.
- ¿Cómo estuvo el viaje? –le preguntó ella.
- Emocionante, pero nada como la llegada. –le dijo él.
- Debes estar cansado, te ayudo a traer tus cosas. –le dijo Gabriel.
- Sí, gracias.

Entre los dos, sacaron las maletas del coche y las llevaron al departamento. Gabriel le mostró cuál sería su habitación mientras que Dayana cocinaba la cena. Pronto todos estuvieron en la mesa cenando. Diego les contó por qué se tardó tanto en el camino, le habló de los paisajes y de las personas que se encontró. Estaba maravillado por el viaje, nunca antes pensó que le resultaría tan emocionante conducir hasta otra ciudad.

- Cuéntame de ti Gabriel. –le pidió Diego.
- Soy abogado. Así que mi trabajo no es para nada emocionante, pero lo hago bien. –le dijo él.
- No creas que mi oficio es tan emocionante tampoco. Paso muchas horas a solas, y otras tantas pensando.
- Me imagino. –le dijo Gabriel.
- Me parece tan increíble que seas artista. Recuerdo que te la pasabas la mayor parte del tiempo dibujando. –dijo ella.
- Sí, y a papá eso le molestaba mucho. –recordó él.
- Es cierto. ¿Tú supiste algo de papá?
- No. Cuando me adoptaron él estaba preso por violencia familiar. Le pedí al detective que te encontró que buscara información acerca de él, pero aún no se ha comunicado conmigo. –le contó él.
- Lamento todo lo que tuviste que pasar. –le dijo ella.
- Yo también, pero me alegra que tú hayas podido salir de esa situación antes. Le estaré eternamente agradecido a la tía.
- Por cierto, ella está muy emocionada por verte. No te imaginas cuánto lloró cuando le dije que te habías puesto en contacto conmigo. Lloró por emoción pero también por tristeza de no haber sabido antes que estabas bien. Siente que no pudo hacer nada por ti.
- No fue su culpa. Ella no sabía. No puedo culparla, solo tengo agradecimiento con ella.

Después de un rato de conversación, Diego se fue a acostar en la cama que habían dispuesto para él. Acostado ya, pensando, todo le parecía tan irreal; no podía creer todo lo que le había ocurrido en tan poco tiempo. A pesar del gran dolor que le ocasionaba el abandono de Fabiana, le estaba muy agradecido por haberlo animado a buscar a su hermana, eso era sumamente valioso para él.

Se preguntaba si ahora ella estaba bien, si era feliz con Julio y con la decisión que había tomado de unir su vida a la de él. Diego sentía un gran vacío en el pecho al pensar que no podría verla nunca más. Recordó la felicidad que experimentó cuando estuvieron juntos. En menos de dos días, había sentido más felicidad que en el resto de toda su vida pasada y sospechaba que en su futuro.

Finalmente, pudo quedarse dormido. Su sueño fue intermitente, por las dificultades que le causaba estar en un lugar que no conocía con sonidos que no sabía que eran. Algunas veces, durante la madrugada, se despertó desorientado hasta que pudo recordar donde se encontraba y volvía a dormir. No soñaba, tal parece que de un tiempo para acá su cerebro se desconectaba por las noches. Era algo que apreciaba y agradecía.

En la mañana, se levantó y vio a su hermana en la cocina. Sonrió y se acercó a ella. Se ofreció a ayudarla pero ella le dijo que ahora él era el invitado de honor y quería consentirlo. Él dejó que ella lo atendiera. Los tres se sentaron a desayunar. Inmediatamente después Gabriel se despidió, pues estaba apurado por una reunión que tenía en el bufete donde trabajaba.

- A ver Diego. Cuéntame que te sucede. –le dijo su hermana cuando estuvieron solos.
- ¿De qué hablas? –le preguntó él.
- Tengo muchos años sin verte pero sigo siendo tu hermana, llevo

tu sangre. Sé que te pasa algo. Saliste de viaje de manera precipitada. Siento que te viniste huyendo por algo. No me parece mal, al contrario. Puedes venir cuando desees por cuánto tiempo desees; me gusta la idea de poder ser tu refugio. Así que te escucho. –le dijo ella sentándose a su lado.

- Está bien. –le dijo él.

Diego le habló de Fabiana. Desde el día mismo cuando se enteró que ella existía. Le contó de la amistad secreta que tenían de niños. De los años que pasó viéndola desde lejos. De su pequeño beso de despedida. Le habló de su reencuentro, de cómo ella cambió su vida, de lo que sentía ahora por ella, de los que pasó entre los dos y de su abandono. Mientras le contaba y él mismo se escuchaba, todo aquello parecía una historia muy complicada de amor.

- No sé qué decirte hermano. Es una situación verdaderamente compleja. No conozco a Fabiana pero también soy mujer. Creo que ella sí te ama pero algo la ata a ese hombre, quizás ni ella misma sepa qué es. Es lamentable que ella deje perder un amor tan lindo como el de ustedes por estar con alguien que realmente no ama. –le dijo ella.

- Lo sé. –le expresó él con ojos tristes.

- Parece terrible, pero de alguna manera eres afortunado de haber amado como has amado, y haber vivido por lo menos por unas horas un amor tan intenso. Creo que ahora sufres pero más adelante te darás cuenta de que no te arrepientes de nada. –le aseguró ella.

- Pues a decir verdad. No cambiaría lo que pasó. Es algo que siempre atesoraré en mi mente. Tendré que conformarme con saber que ella también me ama, aunque lo haya elegido a él.

- Qué complicado hermano.

- Mucho, pero ahora todo eso queda en segundo plano. Lo que más

me importa en ese momento eres tú y este pequeño que llevas en tu vientre. –le dijo él tocándole el abdomen y dándole un beso en la frente.

- Iremos a pasear por la ciudad. ¿Te parece?
- Claro que sí. –respondió él.

Con su hermana, Diego paseo por los lugares más ilustres de la ciudad. Las catedrales, la universidad y las plazas más representativas. Ella no podía ni siquiera recordar cómo era la ciudad en la que había nacido, pero conocía perfectamente ésta en la que había renacido después de tantas dificultades familiares. Tal parecía que Dayana trabajaba en un instituto turístico de Salamanca pues le contaba también de las importantes personalidades históricas que habían nacido en ese territorio.

Durante algunos momentos, Diego y Dayana conversaron acerca de los traumas su niñez compartida. Él hubiese deseado que ella no recordaba nada, pero lo verdad es que sí se acordaba de muchas cosas y con bastante claridad. Sin embargo, ella le daba más importancia al esfuerzo que él había hecho para protegerla que en realidad a los gritos, golpes y miedos. Eso conmovió mucho a Diego.

- ¿Tú también has sufrido de pesadillas? –le preguntó Diego.
- Sí, mis pesadillas eran acerca de tu muerte. Te vi morir de mil maneras en mis sueños, supongo que era porque no sabía exactamente qué había sucedido; pero se esfumaron el mismo día que volví a oír tu voz. –le dijo ella con la voz quebrada.

Llegada la noche, los tres fueron a cenar juntos fuera. Había una energía muy agradable entre los tres. Diego se dio cuenta que a pesar de todo se sentía mucho más tranquilo. Había tomado la mejor decisión posible al emprender ese viaje. Ahora entendía que amaba con todo su corazón a

Fabiana y que deseaba más que nada en el mundo estar con ella, pero que había otras personas en su mundo que hacían que respirar valiera la pena. Su hermano había tenido razón en todo.

Diego pasó días memorables junto a su hermana. Juntos fueron a comprar algunas cosas para el pequeño Diego que venía en camino. Él comenzó a decorarle la habitación con la ayuda de Dayana. En una de las paredes, decidió que haría un mural para él. Dedicó algunos días a dibujar el bosquejo de la obra, se lo mostró a su hermana y le encantó; así que comenzó a rellenarlo con dedicación.

El mural era un gran conglomerado de hermosas nubes que estarían iluminadas por un sol radiante ubicado en el centro. En los costados, habría ángeles y otros seres celestiales. Diego se proponía hacer que su sobrino sintiera que en su habitación había un cielo particular, sólo para él.

- Ni pensar que mi padre te pudo el nombre de su futbolista favorito porque deseaba que jugaras. –le dijo ella observando la evolución del mural.
- Lo que no sabía es que también me nombraba como a un gran artista.
- ¿Cuál? –le preguntó ella.
- Diego Rivera, se especializaba en murales. –le respondió él y siguió pintando.
- Quizás a mi hijo también le guste pintar entonces.
- O quizás le guste el futbol. –le dijo él y ambos se rieron.

Finalmente el mural estuvo listo. Diego le dijo a su hermana que regresaría a su casa. Ella le insistió para que se quedara más tiempo pero él le prometió que se vería más seguido pero que él debía enfrentarse a su vida. Ella comprendió aunque deseaba poder extender su presencia.

- Prométeme que estarás aquí para recibir a Diego. –le pidió ella.
- Te lo prometo. No estamos lejos. Incluso vendré antes. No quiero que volvamos a distanciarnos.

Diego emprendió su camino de regreso de la misma manera como había ido hacia Salamanca, con la intención de disfrutar plenamente del trayecto. Se detuvo en los mismos lugares, tomó fotografías de mismas y otras cosas. Se dio cuenta que se sentía distinto en comparación con su camino de ida. Estaba resignado y tranquilo, pero sobre todo estaba agradecido de lo que tenía en su vida.

Al llegar a casa le contó a su hermano acerca de todo lo vivido. Lo que más le emocionó fue contrale acerca de la pronta llegada de su sobrino. César, aunque no lo admitiría, estaba contento por tener a su hermano de regreso, le había hecho mucha falta. Su madre también lo había extrañado y todos los días se lo había hecho saber, así que al siguiente día de su llegada fue a visitarla.

- Hijo, qué bueno que ya regresaste. Me hacías mucha falta.
- Tú también me hiciste falta mamá. –le dijo él.
- ¿Cómo está tu hermana?
- Muy bien.
- Ojalá pronto te venga a visitar y así la podremos conocer. –le dijo ella.
- Quizás en un tiempo, cuando Diego este un poco grande y puedan viajar.
- Qué lindo gesto de parte de tu hermana de nombrar a su hijo como tú. Se nota que también te quiere mucho.
- Sí. –le dijo él sonriendo.

Todo lucia mucho mejor cada vez. Aunque el dolor que sentía por la

ausencia de Fabiana seguía latente en su pecho, él había comprendido que un poco de ese dolor le hacía entender que estaba vivo y lo impulsaba a soñar. Se apoyaba en su familia y en sus recuerdos para permanecer erguido y encontrar dicha en medio de todo.

XIV

Una mañana despertó con un nuevo mensaje en su móvil del detective, donde le decía que tenía información acerca de su padre y que se reunieran para conversar. Diego estuvo tranquilo y le dijo que se podían ver ya mismo en el lugar de la vez anterior. Estuvieron de acuerdo y él se dispuso a ir inmediatamente. Él no estaba muy seguro de querer escuchar lo que le tenía que decir acerca de su padre; sin embargo, sabía que era necesario de alguna manera para poder cerrar un ciclo duro de su vida.

- Buenos días Ricardo. ¿Cómo estás? –al llegar ya el detective se encontraba allí.
- Muy bien. Siéntate, por favor. Primero que nada quiero que me disculpes por el tiempo que me tomó esta vez la investigación. Fue un poco difícil. Entiendo que tú no deseas reunirte con él sino que quieres saber de tu padre.
- Es así. –afirmó Diego con serenidad.
- Bien. Tu padre estuvo algunos años en la cárcel por violencia doméstica. Él cumplió su condena y salió en libertad. Se volvió a casar y tuvo otro hijo con esta mujer. A los pocos años de matrimonio, ella lo acusó de violencia contra ella; así que él volvió a la cárcel ya ahora cumple una condena mucho más larga por haber reincidido en el mismo delito. –le dijo Ricardo con seriedad.
- Entiendo.
- Lo lamento. –le dijo el detective.

- No, quien lo lamenta soy yo. Una parte de mi esperaba que él hubiese cambiado. No por mí, sino por él mismo. Muchas gracias por todo Ricardo. Ahora mismo te transferiré tus honorarios –le dijo él levantándose y extendiéndole la mano.
- A la orden. Diego, aquí está la información de ese hijo de tu padre. Es tu hermano. –le dijo Ricardo entregándole un sobre.
- Gracias. –le dijo él tomando lo que le entregaba.

Durante su caminata de regreso a casa, abrió el sobre y vio la información. Incluso había una foto del niño. Diego sonrió al verlo, debía tener unos siete años de edad y tenía un sorprendente parecido con él. Se alegraba de que esa mujer si fuese lo suficientemente valiente para enfrentar a ese hombre y cuidar de ese hijo, lo que no pudo hacer su madre por él. En ese instante a su móvil llegó un mensaje de texto que le sorprendió mucho.

- Hola Diego. Es Julio, el prometido de Fabiana. Me gustaría invitarte a cenar esta noche en casa. Te extrañará que te escriba pero sé que eres una persona importante en la vida de ella y quiero complacerla. Creo que podemos ser amigos también tu y yo. Y así ella estará contenta.

A Diego aquello le parecía como una broma de mal gusto. No sabía que pensar al respecto de aquel mensaje y mucho menos sobre la invitación que en él le extendía. Estuvo un poco confundido. Se preguntaba si Fabiana estaba al tanto de aquello y creyó prudente llamarla, pero no lo hizo. Era muy difícil para él hacerlo. Pensó que lo mejor era ni siquiera contestar ese mensaje.

Después de un rato, cambió de opinión. Quizás lo mejor era dejar todo atrás y poder comenzar de nuevo. No estaba seguro de que pudieran volver a ser amigos pero puede que valiera la pena el intento. No iba a dejar de desearla

ni mucho menos a dejar de amarla, pero eso no quería decir que no podía respetar su decisión de casarse con otro hombre. Pensó bien en qué decirle.

- Hola Julio. Mucho gusto. ¿Fabiana sabe de esta invitación? No quiero importunar. –le escribió él.
- No te preocupes, hablaré con ella en un momento; apenas me confirmes. Estoy seguro que ella se contentará mucho. No sabes lo bien que ella habla de ti siempre.
- Está bien. Podemos reunirnos esta noche.
- Hasta entonces. –se despidió Julio.

Diego no tenía un buen presentimiento acerca de aquello pero supuso que se trataba sólo de los nervios que le producía volver a ver a Fabiana. Así que intentó no pensar en que algo malo podía ocurrir. Seguramente si ella no deseaba ese encuentro se lo haría saber así que decidió abrir el camino a la reunión.

- Estás loco. –le dijo su hermano cuando Diego le contó.
- Lo sé.
- No vayas. –le advirtió César.
- ¿Por qué?
- ¿Podrás soportar verla feliz con otro hombre? –le preguntó su hermano.
- Yo quiero que ella sea feliz.
- No seas masoquista Diego. Te ha costado mucho encontrar sosiego. Lo vas a dañar. Te vas a sentir mal. Hazme caso por una vez en tu puta vida. –le dijo él con autoridad.
- Ya me comprometí.
- Te vas a joder y no te voy a ayudar. –le gritó molestó.

Diego no se imaginó que César reaccionaría de esa manera tan volátil,

pero entendió perfectamente la molestia, puesto que en su última depresión debido al abandono de ella, la había pasado muy mal. Sin embargo, estaba decidido a asistir; ya que no estaba dispuesto a pasar la vida pensando en qué habría ocurrido si hubiese asistido a esa reunión. Quería ser un hombre con menos miedos y más certezas, y ese era el momento.

Ahora, Diego tenía dos minutos enfrente de la puerta del departamento de Julio y Fabiana, con una botella de vino en la mano y tratando de reunir la valentía suficiente para anunciarles que ya había llegado. Respiró profundo, cerró los ojos y golpeó la puerta de madera dos veces. Escuchó algunas voces y pasos adentro. Un hombre le abrió la puerta. Por fin supo qué aspecto asignarle al nombre de Julio, el aún hombre de piel tostada, más o menos de la misma estatura de él, de contextura gruesa, cabello con canas prematuras que lo hacían lucir un poco mayor de lo que él sabía que era.

- Tú debes ser el famoso Diego. Pasa, por favor. –le dijo él abriéndole la puerta y señalando el interior del departamento.
- Gracias, traje esto.
- Excelente. ¡Fabi, ven por favor! Llegó nuestro invitado. –dijo en voz alta.

El corazón de Diego se aceleró tanto que sintió que su tamborileo se podía escuchar en todo el edificio. Sintió los pasos de Fabiana acercándose a la sala. Cuando ella por fin llegó allí, y sus miradas se cruzaron, la sorpresa de ella no pudo ocultarse. En sus ojos se notaba que estaba completamente paralizada de la impresión, intentó decirle algo a Julio, como buscando una explicación de lo que estaba pasando.

- Sorpresa cariño. Invité a tu gran amigo a comer con nosotros. Esto es una prueba de mi compromiso contigo. Quiero que te des cuenta que de verdad me voy a esforzar por hacerte feliz. Quiero que

los tres podamos ser amigos. –le dijo él y se reunió con ella para darle un beso.

- Pensé que le dirías que yo venía. –le dijo Diego también muy sorprendido por la reacción de ella.

- Lo sé, fue una pequeña mentira. Es que quería sorprenderla. Espero sepas comprender. –le dijo Julio.

- Realmente estoy muy sorprendida. –dijo ella.

- Bueno, ya podemos pasar al comedor. –anunció Julio.

Diego caminó un poco tembloroso en la dirección que Julio le indicaba. Se sentó en la mesa sin poder mirar directamente a Fabiana, sintiendo el peso de la situación inmenso sobre su pecho. Se convenció de que haber ido en realidad había sido un error y que se arrepentiría, tal y como se lo anunció temprano su hermano. Julio se encargó de todo, de servir la comida, de destapar el vino y servirlo en las copas. Tan Diego como Fabiana estaban congelados.

- Pues que tengan muy buen provecho. Fabi hizo la cena Diego. Ella no sabía que el invitado eras tú pero se esmeró mucho. Espero que te guste. –le dijo Julio.

- Gracias.

Todos comenzaron a comer, Diego hacía un esfuerzo sobrehumano para pasar la comida por la garganta. Pues sentía que su estómago estaba cerrado de manera hermética. Pero él lo estaba obligando a recibir los alimentos, pues no quería que Julio notara algo extraño en su comportamiento. Por varios minutos ninguno de los tres dijo palabra alguna. Reinaba un silencio incómodo.

- Caramba pero cuanto silencio. Pensé que tendrían muchas cosas de qué hablar ustedes dos. Como son tan amigos. A ver, Diego, cómo

va el trabajo. Entiendo que eres pintor. –le dijo Julio.

- Sí, ahora mismo tengo una exposición. Todo va muy bien. –le dijo él por compromiso.

- Qué bueno. Me alegro. ¿Y en entre esas obras que estas exhibiendo hay cuadros de Fabiana? Porque

- Sí, algunos cuadro es están inspirados en esos dibujos. –le dijo Diego con nerviosismo.

- Qué bien. Seguro esos dibujos son tan bueno como éste. –dijo Julio, sacando de su bolsillo el dibujo que había hecho Diego de Fabiana sin ropa.

Tanto Diego como Fabiana vieron la hoja sin poder creer lo que estaba pasando en ese momento. Durante varios segundos nadie pudo decir nada. Julio los miraba a los dos con una ira inmensa que iba creciendo en sus ojos. Diego estaba completamente perplejo y se dio cuenta que aquella invitación no había sido sino una trampa de él para enfrentarlos a los dos.

- ¿Julio, dónde encon...? –trató de decir Fabiana pero él la interrumpió.

- No, acá las preguntas las hago yo. ¿Ustedes dos han estado cogiendo a mis espaldas?

- Julio eso no es así. –dijo ella.

- No me vayan a venir con la idiotez de que esto es sólo un dibujo y de que no pasó nada entre ustedes.

- Necesitas calmarte. –le dijo Diego.

- ¿Calmarme?, ¿te parece que puedo calmarme? Ustedes dos han estado viéndome la cara de imbécil a mí. Ustedes creyeron que se iban a salir con la suya, ¿no? Pues déjenme decirles que no soy ningún idiota.

Fabiana se levantó de la mesa para tomar el dibujo que Julio había dejado en la mesa; entonces, él reaccionó cogiéndola fuertemente por el brazo. Comenzó a gritarle de manera descontrolada y no la soltaba, ella intentaba apartarse de él pero sus fuerzas no eran suficientes. Diego observaba la escena y hacía todo lo posible por deshacerse de la parálisis que todo aquello le había producido, pero no pudo. De pronto, se vio a sí mismo, pequeño; frente a él estaba su padre, gritándole a su madre y él no podía hacer nada al respecto.

Su lado consciente le decía que estaba alucinando y que estaba en presencia de una escena distinta a la que su mente le hacía ver, y en esta ocasión él si podía actuar, podía hacer algo; pero el terror lo tenía congelado. En medio de los gritos, volvió a la realidad para ver cómo Julio le daba un golpe a Fabiana y la dejaba en el piso; cuando intentó recogerla para volverla a golpear, Diego se le lanzó encima.

Había tomado desprevenido a Julio, y ahora él se encontraba encima de él, golpeándolo repetidamente sin poder detenerse. Descargando toda la ira acumulada a lo largo de los años por su propio padre. A lo lejos escuchaba a Fabiana gritándole algo que no podía comprender. Entonces otras personas que en el momento él no pudo reconocer lo agarraron con fuerza y lo quitaron de encima de Julio.

Diego no sabe si él se desmayó o le había inyectado algo pero cuando volvió en si estaba en una celda. Apenas se despertó, un oficial de policía le dijo su nombre y le anunció que podía irse. Él caminó con dificultad al exterior de la celda y después hacia la salida de la comandancia. Se sentó en un banco en las afueras y trato de recordar lo que había pasado. Entonces pensó en Fabiana, buscó su móvil y la llamó.

- Aló. –dijo ella.

- ¿Dónde estás? –le preguntó él.
- En el hospital.

Él colgó la llamada y tomó un taxi para encontrarse con ella. Su coche se había quedado en el edificio donde ella vivía según podía recordar; todo era muy borroso para él en ese momento. Por fin llegó al hospital y convenció a la enfermera para que le permitiera ver a Fabiana. Entró a la habitación y la vio, tenía los ojos cerrados así que pudo notar sus heridas. Tenía un yeso en el brazo derecho, en el rostro tenía algunos morados y lucía adolorida.

- Fabi... -le dijo él y ella abrió los ojos.
- Diego... -le respondió ella a punto de llorar.
- ¿Cómo es que él...?
- No lo sé.
- No recuerdo muy bien. Desperté en la comisaria y me dejaron salir. –le dijo él buscando una explicación.
- Los vecinos llamaron a la policía por los gritos. Cuando golpeaste a Julio, ellos llegaron. Te llevaron por agresión pero yo declararé que lo habías hecho por defenderme. Gracias. –le dijo ella.
- ¿Gracias? Mira cómo estás. Me quedé congelado. Como cuando era niño.
- No te atormentes por eso, si no hubiera sido por ti creo que me habría matado. Y yo tengo la culpa de todo esto.
- Él no debió hacer lo que hizo. No lo justifiques. Eso no tiene ningún tipo de justificación posible. –le aclaró él.
- Perdóname por todo esto y por todo lo demás.
- Ya yo te perdoné, como te lo dije cuando te fuiste. Sólo espero que tengas la valentía que no tuvo mi madre de apartarse de él. Se feliz, por favor. –le dijo él y se fue.

Diego pasó por su coche, llegó esa noche a su casa, volvió a empacar sus cosas y decidió que se iría a Salamanca. Estaría allí hasta que su hermana diera a luz y buscaría un lugar allá donde vivir, así podría estar siempre cerca de ella. No le importó la oscuridad, inmediatamente se fue de viaje; no quería correr el riesgo de arrepentirse. Esta vez no se detuvo en ningún lugar. Simplemente condujo lo más rápido posible hasta la ciudad donde se encontraba su hermana.

Como era de madrugada, Diego no quiso llegar a la casa de su hermana, le pareció que sería muy imprudente de su parte. Así que se hospedó en un hotel cercano para esperar el amanecer. En contra de los que podía pensar, se quedó dormido inmediatamente al recostarse. Lo que le había sucedido aquella noche había sido demasiado intenso. Al despertar, ya era de día, en realidad se había quedado dormido hasta el mediodía; su cuerpo y su mente estaban completamente descontrolados.

Al llegar a la casa de su hermana ella se sorprendió muchísimo pero al mismo tiempo estuvo emocionada. Diego encontró que su embarazo se notaba mucho más, y también se sintió muy emocionado. Su hermana de nuevo le preguntó qué había ocurrido, era impresionante que a pesar del tiempo que estuvieron separados ella parecía conocerlo tan bien. Diego le contó todo lo sucedido la noche anterior. Ella estaba muy sorprendida y a la vez preocupada. Él le contó de sus intenciones de quedarse y ella estuvo de acuerdo, incluso se ofreció en ayudarlo en todo lo posible.

Los meses pasaron y Diego se fue recuperando de a poco. Fabiana insistía en llamarlo y escribirle pero él sentía que no estaba preparado para enfrentarse a ella. Sin duda que seguía amándola, pero no estaba seguro de que ella estuviera dispuesta a darlo todo por él; así como él estaba dispuesto a todo por ella.

Él había encontrado un lugar pequeño donde vivir pero era muy agradable. Lo que más le gustaba era que quedaba a unas pocas calles del edificio donde su hermana vivía. Desde allí trabajaba muy bien. Se había puesto de acuerdo con su representante para llevarle sus cuadros cuando estuvieran listos, en realidad su presencia no hacía falta; solo tenía que cumplir con su trabajo, desde donde él quisiera estar.

Un buen día, cuando caminaba por una plaza, cámara en mano, buscando algo para fotografiar; se encontró con algo muy inesperado. Vio a Fabiana caminar hacia él. Estaba convencido de que aquello no era sino un espejismo, no sería la primera vez. La imagen era cada vez más cercana y más nítida, ella le sonrió.

- Fue muy difícil encontrarte. –le dijo ella.
- ¿Qué haces aquí? –le preguntó él aun incrédulo.
- Vine a buscarte.
- ¿Por qué?
- Ya no puedo estar lejos de ti Diego. Lo intenté. Intenté negar que te amo, que siempre te amé. Ya no quiero hacerte daño, ni hacerme daño más nunca. Estoy Aquí frente a ti, pidiéndote que me des una nueva oportunidad. Sé que me has dado muchas, lo sé bien. Y yo las he desperdiciado de la peor manera, pero sólo necesito una más. Será la última, nunca te voy a dejar ir. –le dijo ella con lágrimas brotando de sus ojos.
- ¿Tú estás segura de lo que me estás diciendo?
- Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. –le dijo.
- Ya no puedo pasar por más sufrimiento. –le dijo él.
- Me voy a encargar de que ahora en adelante solo te pasen cosas buenas. Te lo juro. –le dijo ella acercándose más a él.
- Fabi... no sé. –habló inseguro.

- Por favor. Estoy dispuesta a todo. Cásate conmigo. Vivamos aquí. Dibújame. Soy tuya desde hoy y para siempre. ¿Cuándo habías escuchado estas palabras de mí? –le dijo ella tendiéndole la mano.

Diego sintió que su corazón le gritaba que la abrazara, entonces todos sus miedos desaparecieron. Nada importaba, él estaba dispuesto a todo por ella, siempre. Y esta no sería la excepción. Él avanzó hasta ella, la abrazó y la besó con intensidad. Declarándole en ese beso que por más que lo intentara, nunca iba a dejar de amarla.

- Siempre he sido tuyo. –le dijo él mirándola a los ojos.
- Yo también, pero ahora es que me doy cuenta. Te amo. –le respondió ella.